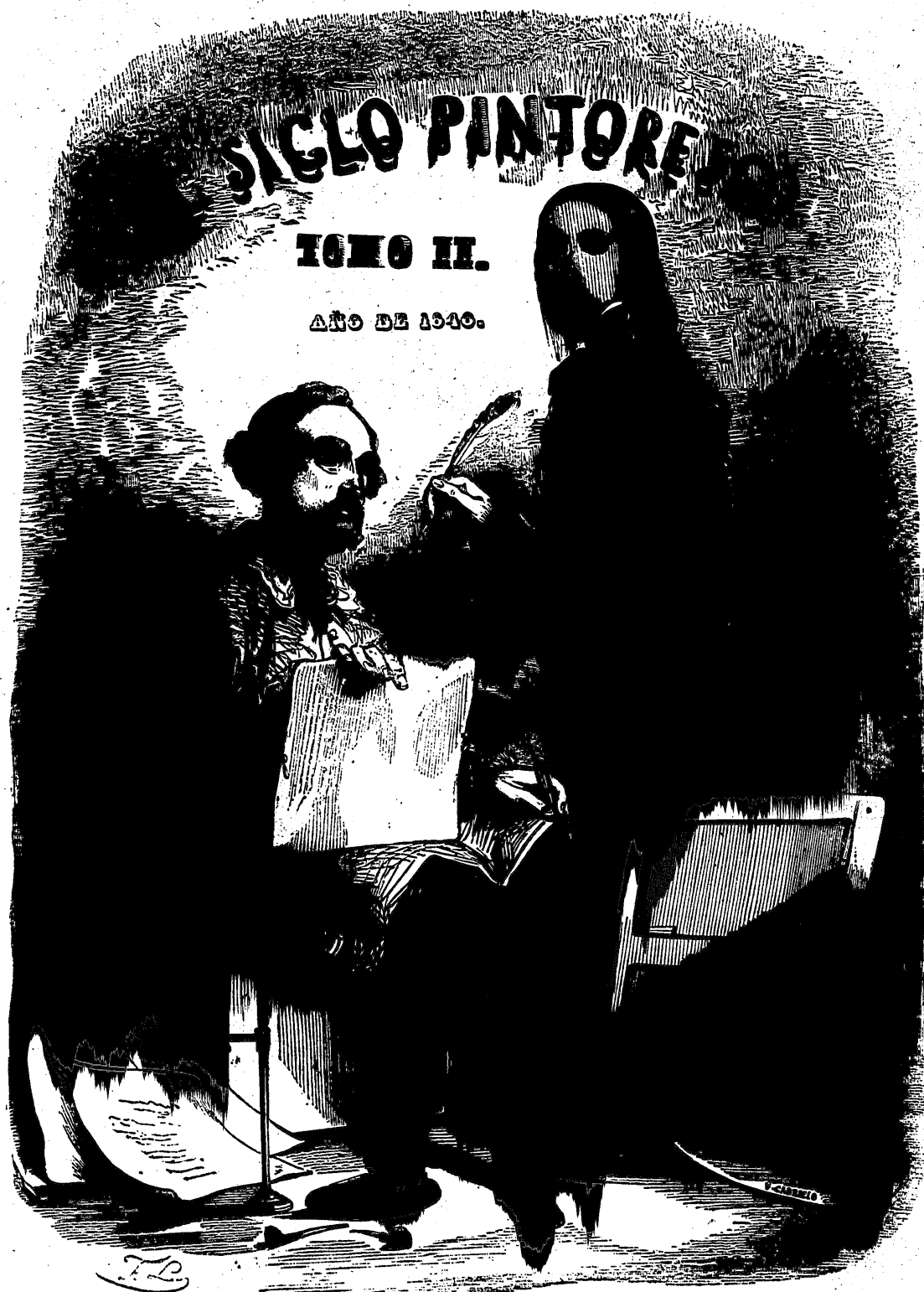
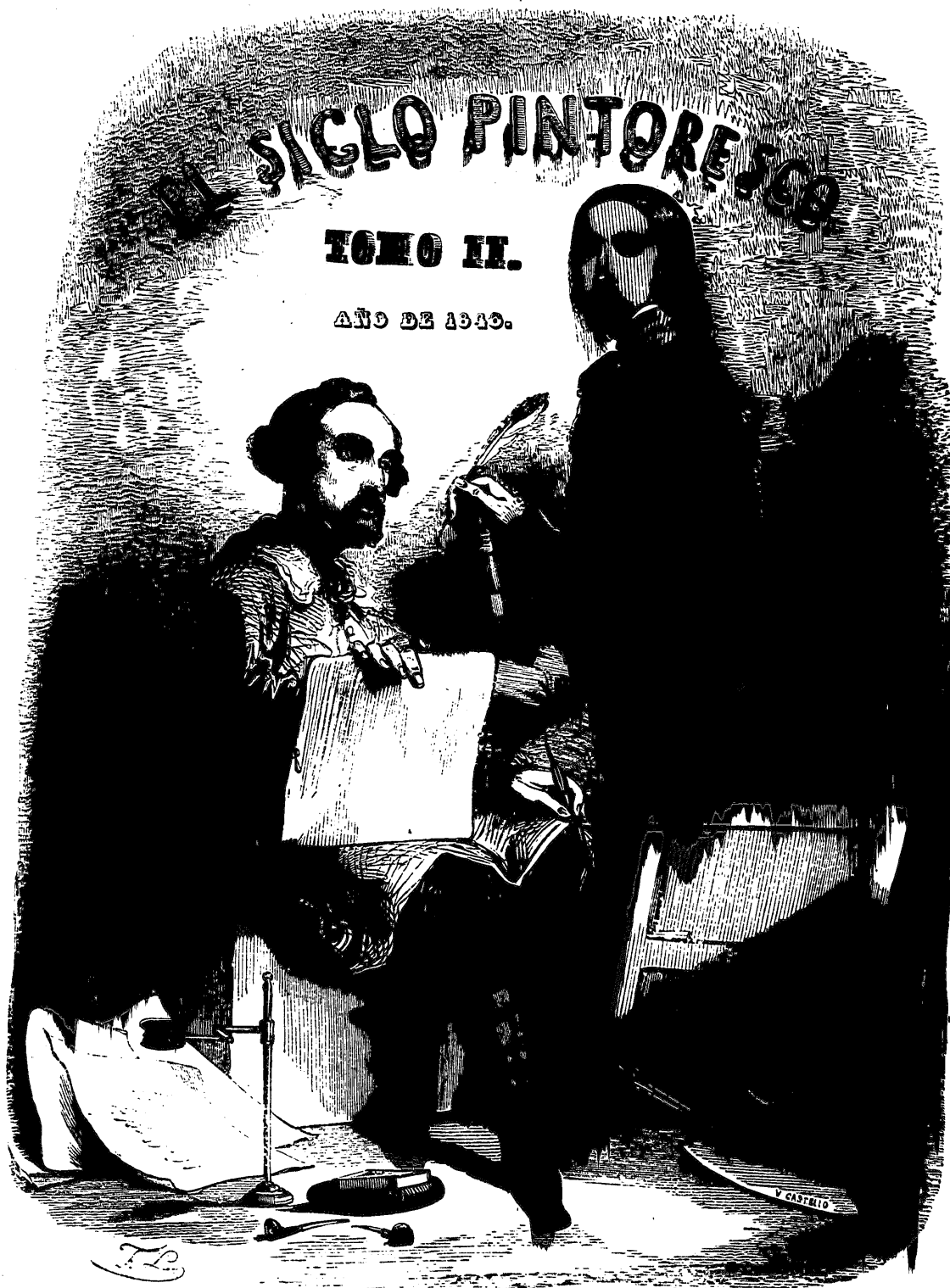




MADRID,

IMPRESA Y ESTABLECIMIENTO DE GRABADO DE DON BALTASAR GONZALEZ, EDITOR,
CALLE DE HORTALEZA, NUM. 89.



4/10

EL
SIGLO PINTORESCO,

PERIODICO UNIVERSAL

ameno é instructivo al alcance de todas las clases.

DIRIGIDO EN LA PARTE LITERARIA

POR DON FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

Y

DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS,

Y EN LA ARTISTICA

POR DON VICENTE CASTELLO.

TOMO II.



MADRID.
IMPRESA Y ESTABLECIMIENTO DE GRABADO DE DON BALTASAR GONZALEZ, EDITOR.
CALLE DE HORTALEZA NUM. 89.

1846.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



vez me
Cuando
la nues
pesa so
gacion
medida
No
nuestro
eficaz,
obra; si
Tom



INTRODUCCION.



1. comenzar el segundo tomo de esta obra, nuestro objeto no es el de congratularnos por el éxito brillante que ha obtenido, superior á los cálculos de su EDITOR y de sus FUNDADORES y á nuestras mas ardientes esperanzas. La tarea que nos imponemos en estas breves líneas, será tal vez menos grata, pero es mas útil, mas importante. Cuando una publicacion llega á hacerse popular como la nuestra, y á ser acogida con tanta benevolencia, pesa sobre las personas que estan á su frente la obligacion sagrada de redoblar su celo y sus esfuerzos á medida que el favor del público se aumenta.

No podemos demostrar nuestra leal intencion y nuestros buenos deseos de una manera mas palpable y eficaz, que haciéndonos cargo de algunos defectos de la obra; siendo esta confesion la mejor garantía que pode-

mos presentar de nuestro decidido propósito de evitarlos ó disminuirlos para en adelante. El gusto del público cada dia vá siendo mas delicado, y los manjares que ayer le parecian sabrosos, hoy le repugnan ya por groseros y malazonados: preciso es tambien que procuremos condimentarlos con mas cuidado, con mas esmero. El primer tomo del SIGLO PINTORESCO nos servirá de punto de partida para el segundo; no nos contentaremos ya con que á este le iguale; el orden progresivo del gusto y de la civilizacion exige imperiosamente que le supere.

Prescindiendo de la irregularidad en los periodos de la publicacion, que ha nacido de causas independientes de la voluntad de su EDITOR, entre las cuales es la principal la de haber dado números dobles en los tres meses últimos del año; prescindiendo, repetimos, de esta irregularidad, conocemos que de los primeros á los segundos y terceros artículos de un mismo asunto, no debe promediar tanta distancia como la que en algunos se ha observado: en las materias habrá mas varie-

dad, y seremos mucho mas severos en la admision de artículos, principalmente en las poesías y demas producciones que hablen tan solo á la imaginacion.

El público dispensará siempre faltas de locucion, y aun de lenguaje, en las obras cuyo principal objeto es instruir á los lectores. A veces los literatos de mayor nombradía, los mas versados en su noble profesion, no estan en el caso de poder suministrar ciertas noticias locales é interesantes, que un modesto observador pueda remitir desde el oscuro rincon de su provincia; á veces hombres eminentes, que han hecho profundos y especiales estudios en una materia, no suelen espresarse con la galanura y correccion de un escritor ejercitado; en este caso el buen sentido del público disculpa y absuelve graciosamente los defectos de las formas; pero en los poemas destinados á deleitar, los defectos son intolerables,

y las medianías insufribles. Como las obras eminentes sean, sin embargo, muy raras y una parte, tal vez la mas numerosa de los suscritores, sostiene publicaciones de esta especie para fomentar la literatura y las artes nacionales, es preciso tambien no ser tan difíciles y severos que se espante á los tímidos, y se ahuyente á los modestos. Creemos que en evitar uno y otro extremo estan el acierto y la prudencia. A ella se encaminarán nuestros esfuerzos; pero entretanto, repetimos, queremos que conste, que á pesar de la favorable acogida que ha merecido del público el tomo primero de esta obra, sin duda por ser la única de este género *exclusivamente española*, aspiramos en el segundo tomo á ser menos indignos de su bondad y de su constancia.

Madrid 31 de Enero de 1846.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

UNA FIESTA

DE LA ORDEN DEL TOISON DE ORO.



El insigne Orden del Toison de Oro fué creada el 10 de Enero de 1429 por Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, para solemnizar, segun dicen los escritores contemporáneos, el matrimonio que contrajo en el mismo dia con Isabel de Portugal (1). No habia celebrado la Orden mas que doce capítulos, cuando Carlos el Temerario, su gefe y soberano, fué muerto delante de Nancy el 5 de

Enero de 1477. Maria de Borgoña, su hija única y heredera de todos sus estados, se desposó á 19 de Agosto del mismo año con el Archiduque Maximiliano, hijo del Emperador Federico.

Desde que el Duque Felipe creó treinta caballeros de nombre, armas y sin tacha, en la forma que lo espresa el artículo primero de los estatutos de la Orden, publicados en Lila á 27 de Noviembre de 1431 hasta el capítulo décimo tercio, habian muerto muchos caballeros; ademas el desgraciado fin de Carlos el Temerario dejaba á la Orden sin gefe, por cuyas razones se llegó á temer perdiese mucho de su antiguo lustre.

Cuando Maximiliano llegó á Flandes á casarse con Maria de Borgoña, los caballeros de esta ilustre Orden hicieron presente al Archiduque lo importante que era el que adoptase algunas medidas para darle nueva vida. El Príncipe, accediendo á sus deseos, notificó al Canciller que el dia 7 de Abril de 1478 se haria armar caballero en la iglesia de S. Salvador de Brujas, y que en seguida celebraría capítulo general la Orden para revisar los estatutos y reemplazar á los caballeros que habian muerto.

Se comunicó á los caballeros ausentes lo resuelto por el Archiduque, y se encargó á Oliverio de la Marche la inspeccion del ceremonial que debia observarse en esta gran fiesta.

La Orden, segun sus estatutos, tenia cuatro grandes oficiales. El Canciller, que abria en persona los capítulos,

(1) Andres Ravin en su teatro de honor, Baile en su diccionario histórico y otros autores atribuyen el origen de esta Orden á la galanteria. Cuentan que entrando un dia Felipe el Bueno en el tocador de su dama, hallaron sobre una mesa un rubio y hermoso rizo, siendo este el motivo de que se sonrojase esta. Notado el descuido por los que acompañaban al Duque, no disimularon la risa, y que el Duque, queriendo hacer misterio y castigar tácitamente á los circunstantes, hizo juramento de que lo mismo que habia causado tanto rubor á la dama, habia de ser en lo sucesivo el mayor lustre y honor de la mas distinguida nobleza.

Otros autores dicen que lo que dió motivo á la creacion de la Orden fué la religion, otros la politica, y no falta quien asegure que no tuvo otro objeto que el alentar la industria de las lanas.

trataba con el Soberano de los negocios de la Orden, sellaba las actas y despachos, y guardaba el grande y pequeño sello. El Tesorero, que guardaba los trajes, collares, estatutos, escrituras, documentos, joyas y ornamentos de la iglesia, pertenecientes á la Orden. El Grefier (1) que registraba los despachos, anotaba las faltas cometidas por los caballeros que habian merecido reprension en el capítulo, las correcciones que les habian sido impuestas y las acciones buenas de que pudieran honrarse. Y el Rey de Armas, llamado Toison de Oro, cuyas funciones eran las de avisar á los caballeros el dia y sitio en que se habian de celebrar los capítulos, el cuidar de la colocacion de los escudos de armas en el coro de las iglesias en donde se celebraban las fiestas, y practicar por sí ó por otra persona los mensajes y negocios correspondientes á su empleo.



Rey de armas.—Toison de Oro.

Segun los estatutos debia celebrarse la fiesta el dia 1.º de Mayo, pero habiendo invadido los franceses el Henao, Maximiliano dispuso se celebrase el dia último de Abril, para poder marchar mas pronto á contener los progresos del enemigo.

El 30 de Abril, los cuatro grandes oficiales y los caballeros, con el gran collar de la Orden, y vestidos todos con sus trajes, mantos y gorras (2) con rodetes de terciopelo

(1) En la traduccion castellana se ha conservado á este oficial de la Orden el nombre francés de *Grefier* con el que se le denomina en la actualidad.

(2) En tiempo de Felipe el Bueno la gorra y manto eran de grana, forrada de pieles de armiños, con una orla bordada de oro con las figuras de un eslabon y pedernal, figurando echar chispas

pelo carmesí, forrados de tafetan blanco con una orla de oro que representaban los emblemas del collar, se dirigieron al Palacio en busca del Archiduque. Fueron admitidos en la gran sala de ceremonias, en donde habian entrado los caballeros, precedidos por el Canciller, Tesorero, Grefier y el Rey de Armas, colocándose por orden de antigüedad los caballeros, poniéndose mas próximos al Archiduque los mas antiguos. Poco despues salieron todos juntos, montaron á caballo, dirigiéndose á la iglesia de S. Salvador por las calles de Nordzand y Traversier.

La comitiva marchaba en este orden. Los cuatro oficiales del Toison, seguidos de los guardias vestidos con



Traje de los Caballeros en el primer dia.

sus cotas de armas. Dos heraldos que conducian por la brida una hacanea blanca con silla, brida y arneses forrados de terciopelo negro y con un largo caparazon del mismo color, llevaba un cojin de terciopelo, tambien negro, en que descansaba el collar del difunto Duque Carlos. Seguian despues los caballeros de dos en dos y el Archiduque, alrededor del cual marchaban los archeros y alabarderos de la guardia de á pié. Cerraban la marcha

por la mútua percusion, y su divisa *Outre n' auray*, que aludia á su esposa Isabel. Carlos el Temerario cambi6 de colores en la forma que se indica, y adopt6 la divisa *Je l' empris*. Maximiliano tom6 por mote *Halt maas*, que significa tener peso y medida en las cosas. Felipe el Hermoso, marido de Doña Juana la Loca, adopt6 la divisa siguiente: *Qui couldrá*, y Carlos V *Plus ultra*.

los mayordomos de palacio, heraldos, caballeros, oficiales de la corte y la gente de armas con sus mazas de plata.

Antes de llegar al átrio de la iglesia, dejó la comitiva los caballos, y se dirigió al templo, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. El prelado que debía officiar, seguido del cabildo y cantores de la capilla, salió entonando antifonas en honor de la Virgen y del Apóstol S. Andres, patronos de Borgoña, bajo cuya protección se había puesto la Orden, se adelantó hacia el Archiduque, le presentó agua bendita y le dió á besar la Santa Cruz. En seguida



Traje de los Caballeros el primer día.

volvió á entrar en la iglesia, siguiéndole al coro los caballeros, oficiales y Maximiliano, que fué á colocarse sobre un estrado cubierto de terciopelo verde en que había un dosel con el escudo de sus armas y el de la Princesa su esposa. Desde muy temprano habían invadido las galerías superiores de la iglesia una porción de señoras y caballeros, que de todas partes habían acudido para asistir á la fiesta.

Los caballeros se colocaron en los sillones del coro. Entre ellos se distinguían Engelberto, Conde de Nasau, Luis, señor de Gruthuse, Juan Gros, el señor de Lannoy y el señor de Ravestein. Cada caballero tenía bordadas sus armas en el respaldo del sillón que ocupaba. Según las reglas heráldicas que observaba la Orden no se permitían *soportes* (1). Los yelmos de los simples caballe-

(1) Término de Blason. Se usa para expresar los animales que sostienen los escudos.

ros eran de oro, abiertos y con rejilla, los de los soberanos eran todo de oro, la visera abierta enteramente y sin rejilla. En muchos sillones se veían escudos de armas sobre terciopelo negro, sin casco ni cimera, con el collar alrededor del escudo; estos eran de los caballeros difuntos, cuyas vacantes iban á reemplazarse.

Una música dulce á la par que grave anunció el principio de la ceremonia.

El obispo de Tournay que oficiaba, dirigió á Maximiliano una arenga latina, en que hizo un pomposo elogio del



Arquero de Corps el día de la fiesta.

Duque Felipe, fundador de la Orden, del Duque Carlos que le había sucedido, y de los Reyes, Príncipes y grandes capitanes que habían llevado el collar, y concluyó manifestando al Príncipe el deber en que estaba de mantener la grandeza y lustre de este instituto.

Juan de la Bouverie, Presidente del Consejo, contestó á nombre del Soberano; que por el honor de Dios, la protección de la Fé católica, y el mayor lustre de la nobleza caballeresca, había resuelto aumentar los privilegios y prerogativas del Toison de Oro, y concluyó diciendo que no habiendo todavía el Príncipe recibido esta Orden de caballería estaba dispuesto á recibirla de mano del caballero que al efecto eligiesen.

El señor de Ravestein, como el mas distinguido de entre los caballeros, fué nombrado é hizo esta ceremonia en medio del aplauso de los espectadores. Despues se levantó el Archiduque y extendiendo su mano derecha so-

bre un misal abierto en donde habia un Crucifijo, pronunció el juramento siguiente:

«Yo Maximiliano, por la gracia de Dios, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, Conde de Flandes, etc., Gefe y Soberano de la Orden del Toison de Oro, prometo bajo palabra de Príncipe, y juro sobre los Santos Evangelios y sobre la Santa Cruz mantener y observar perpetua, íntegra é inviolablemente los estatutos y ordenanzas de dicha Orden, segun su forma y tenor.»

Despues de estas palabras besó respetuosamente la

cial de la Orden, como hemos visto, llevaba en este dia un collar grande de oro que se diferenciaba del de los caballeros en tener esmaltados el pedernal y eslabon con las armas igualmente esmaltadas de los caballeros de la Orden. Despues de haber colocado la cruz y el misal delante del Príncipe, se levantó de su asiento el señor de Lannoy y se hincó de rodillas cerca de él, y habiendo puesto la mano sobre el misal prestó juramento en la forma siguiente:

«Yo, Juan de Lannoy, prometo y juro por estos San-



Ar-hero de Corps el dia de la fiesta y Paje.



Heraldo.

cruz y se volvió hácia el señor de Lannoy, que se acercaba con el collar, el que, despues de haberlo besado, puso al cuello del Duque, diciéndole:

«La Orden del Toison de Oro os recibe por su Gefe y Soberano, en señal de lo cual os presenta este collar. ¡Quiera Dios que mucho tiempo podais traerle y presidir dicha Orden, para su alabanza y servicio y para exaltacion de la Santa Iglesia, aumento y honor de la Orden y eterna fama de vuestros méritos! En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen, respondió el Duque, Dios me de gracia para ello, añadió, y se sentó en el trono.»

El Toison de Oro tomó entonces el misal y la cruz y se puso delante del Archiduque. El referido Toison, ofi-

tos Evangelios y por esta Santa Cruz, el debido honor y reverencia á vos, Serenísimo Señor, Príncipe Maximiliano, Duque de Austria y de Borgoña, Gefe y Soberano de la Orden del Toison de Oro, y obedeceros en todos los negocios pertenecientes á la Orden, segun sus estatutos y ordenanzas, de la misma manera que lo juré solemnemente y prometí observar al tiempo que fui recibido en la Orden.»

El Archiduque se levantó y le dió un ósculo en la boca en señal de amor y perpetua hermandad. Lo mismo hicieron sucesivamente Adolfo de Cleves, el señor de Ravestein, Luis de Gruthuse, el Conde Winchester, Felipe Croy, Engelberto, Conde de Nasau; Ferry de Chigny, Obispo de Tournay y Canciller; Juan Gros, Tesore-

ro; Martin Stemberg, Greffier, y Gilles Gobert, Toison de Oro y Rey de Armas. A estos cuatro oficiales no besó el Duque en la boca como habia hecho con los demas caballeros; pero abrazó al Obispo por su estado episcopal y á los otros tres, les dió la mano en señal de amor y benevolencia.

Concluidas estas ceremonias cada uno volvió á ocupar su lugar. La música se dejó oír de nuevo y se cantó una misa solemne que ofició el Canciller. Despues del Evan-

la virtud á los caballeros y les manifestó la dignidad de su estado y los deberes que este les imponia.

Después de la misa, Maximiliano armó de Caballero á Juan de la Bouverie, Presidente de su Consejo.

La comitiva acompañó al Principe á su Palacio en la misma forma y orden que habia ido á la iglesia, dirigiéndose esta vez por la calle de las Piedras y Plaza mayor en donde el reloj de Beffroi (1) heria el aire con sus armoniosas tocatas, en tanto que todas las campanas de las nume-



Traje de luto al segundo dia.

gelio, el celebrante precedido del Rey de Armas llevó á besar el libro santo al Gefe y Soberano de la Orden, en tanto que los acólitos quemaban incienso á su alrededor en vasos de plata esmaltada.

Al ofertorio, el Toison de Oro se dirigió hácia el trono é inclinándose tres veces dijo en alta voz: «Muy alto, muy escelente y muy poderoso Señor Principe, Gefe y Soberano de la Orden, venid á la ofrenda. Maximiliano se levantó y al momento dejaron sus asientos los caballeros y se colocaron en fila desde el estrado al altar. El señor de Lannoy, como el mas antiguo, precedia al Principe llevando la ofrenda de este, que segun el uso establecido, era una pieza de oro. Despues que volvió á colocarse en el trono, el Rey de Armas llamó á los caballeros que hicieron de dos en dos la misma ceremonia. Concluido el ofertorio, pronunció el Canciller un discurso en elogio de San Andres, patrono de la Orden, en que exhortó á



Traje en el dia tercero.

rosas iglesias y conventos de la villa se tocaban á vuelo.

Segun los estatutos de la Orden, cuando se celebraba un capitulo las fiestas duraban tres dias. En el primero los caballeros asistian á la misa solemne con el traje descrito antes. En el segundo dia que se destinaba á honrar la memoria de los caballeros difuntos, el traje era de terciopelo negro á escepcion de la franja. Y en el tercero que se cantaba el oficio de la Virgen, asistian con trajes de seda blanca.

Maximiliano dió fin á las fiestas del primer dia con un suntuoso banquete, en que se vió reunido cuanto de particular y notable nos cuentan los historiadores de aquel tiempo. Las naos, ó platos representando navios cargados de esquisitos manjares; empanadas figurando castillos pintados vistosamente y con grandes banderas. Pelicanos

(1) Organo de Campanas.

y cisnes de cuyos gaznates surtia á chorros el hipocrás y el vino del Rhin. Unicornios, leopardos y camellos cargados de toda clase de dulces y delicadas frutas, que lindos amorzuelos tomaban de sus espaldas para servirlos á la mesa ó repartirlos entre los espectadores; por último todo el lujo que podia desplegar un Príncipe, cuyo suegro habia poseido solo en bajillas de oro y plata sesenta mil marcos. (1)

A la mañana siguiente debia celebrarse el capítulo que era el décimo tercio; pero antes debian asistir los caballeros al oficio de sus hermanos difuntos, en el cual debia llevar el Archiduque con las ceremonias de estilo un cirio por el difunto Duque, su suegro.

Salió el Príncipe de Palacio en la forma que el dia anterior; los caballeros llevaban mantos y gorras de terciopelo negro con rodetes de lo mismo que caian hasta el suelo, pero sin arrastrar y el collar puesto por encima. Era este una larga cadena de oro que figuraba eslabones y pedernales en forma de una B, de donde saltaban chispas, y de en medio pendia un borrego cubierto de un espeso vellón. Las trompetas guarnecidas de negro, no tocaron durante la marcha.

Al llegar á la iglesia cada uno de los caballeros fué á ocupar su asiento. Al ofertorio, el Rey de Armas llamó por sus nombres á los caballeros difuntos, pasado un corto intervalo tomó un cirio con el escudo de las armas del que acababa de llamar y dijo en tono triste, ¡ha muerto! Apagó el cirio y lo entregó á un heraldo que lo puso en un candelabro de cuarenta pies de alto en forma de tronco de árbol y cuyos brazos de bronce sostenian tantos cirios como individuos tenia la Orden.

El Rey de Armas llamó despues á los caballeros empezando por el Gefe y les presentó un cirio con el escudo de sus armas, que todos fueron á ofrecer, primero el Soberano y despues los caballeros de dos en dos. Estos cirios encendidos se colocaron tambien en el candelabro.

Terminada esta ceremonia desarrolló el Grefier un pergamino y leyó los nombres, apellidos y títulos de los caballeros difuntos, refirió sucintamente sus principales hazañas y virtudes, y concluyó exhortando á la ilustre reunion rogase á Dios por la salvacion de sus almas. En seguida se pusieron de rodillas el Prelado que oficiaba y los caballeros, y entonaron el Salmo de *Profundis*.

La comitiva dejó la iglesia y volvió al Palacio del Archiduque, el que volvió á dar en este dia otro banquete al que asistieron los caballeros de la Orden y grandes oficiales de la Corte.

Despues del medio dia se procedió á la apertura del capítulo, y habiendo prestado todos los caballeros juramento de guardar secreto de todo lo que fuese dicho, tratado y resuelto en sus sesiones; se levantó el Canciller y dijo: «Caballeros y hermanos, entre las obligaciones que nos impone la Orden una de ellas es la de hacer una informacion de nuestras vidas y costumbres, para que de este modo nos penetremos cada vez mas de nuestros deberes; para poder hacer esta pesquisa, que segun los estatutos

debe empezar por el Rey de Armas, demas oficiales y continuar desde el último caballero hasta el Gefe Soberano, os invito á que declareis abiertamente y sin dolo lo que sepais ó hayais oido á personas dignas de fé, de vuestros hermanos y compañeros, lo que hayan estos dicho ó hecho contra el honor, favor, obligacion y dignidad de la caballería, señaladamente contra los estatutos y ordenanzas de esta Orden y deliberaremos sobre la alabanza ó correccion que cada uno hubiere merecido.» En seguida previno al Toison de Oro se saliese y aguardase á que fuese llamado.

A su vez los caballeros se sometieron tambien á esta formalidad. En ninguno de los caballeros encontraron que reprender sino en Engelberto de Nasau. (1) que lo fué por la disolucion de sus costumbres. Respecto el exámen de la conducta de los caballeros ausentes dispuso el Soberano se suspendiese hasta el capítulo siguiente.

Concluido este acto, se procedió al nombramiento de los nuevos caballeros. El Canciller con este motivo volvió á tomar la palabra, y dijo: «Señores, para proceder á la eleccion justa y legal de doce nuevos hermanos y caballeros en reemplazo de otros tantos que han muerto, no os dejareis llevar en la eleccion ni de la mayor nobleza ni de vuestra inclinacion, buena voluntad, afecto, odio, conveniencia particular, sino que dareis vuestro voto al caballero de nombre, armas y sin tacha que creais mas útil é importante á nuestro actual Soberano y á sus sucesores, á sus tierras y señorios, y que pueda coadyuvar á la conservacion, dignidad y honor de la Orden.

Acabada que fué esta exhortacion, se levantó el caballero que estaba en el primer sillón y fué á prestar el juramento, lo que hicieron sucesivamente todos los demas. Despues cada uno en el mismo órden puso en una caja de oro una cédula arrollada que contenia el nombre del que queria elegir. El Archiduque en calidad de Gefe puso dos. Concluida la votacion tomó el Canciller todas las cédulas y las leyó en alta voz, tomando el Grefier nota de ellas.

Maximiliano declaró que los elegidos eran:
 Federico de Austria, Emperador de romanos.
 Bartolomé de Lichtensein.
 Felipe de Borgoña, señor de Bavres.
 José de Lalain, señor de Montigny.
 Pedro de Luxemburgo, Conde de San Pol.
 El Señor de Chateau-Guyon.
 Jacobo de Luxemburgo, Señor de Fiennes.
 Wolfart de Borssele, Conde de Gran Peré.
 Guillermo, señor de Egmont.
 Jacobo de Saboya, Conde Romont.
 Martin, Rey de Hungria.
 Alberto, Duque de Sajonia.

(1) En tiempo de Felipe el Buena el capítulo de la Orden suspendió de las funciones de caballero de la Orden á D. Fernando Remon, Duque de Cardona, por haber jugado y vendido el collar del Toison, hasta que cumpliera la pena que le fué impuesta que fué la de ir en peregrinacion á Nuestra Señora de Monserrat en Cataluña y dejarla una lámpara de plata. La que cumplió efectivamente.

(1) Segun los estatutos de la Orden espresan, cada marcos valia 72 escudos de oro.

Antes que se disolviese la asamblea, los caballeros y los cuatro oficiales suplicaron al Archiduque confirmase los privilegios y exenciones de la Orden, accedió á ello y espidió sus letras patentes ó cédulas que entre otras cosas decían lo siguiente: «Deseando á imitación de nuestros predecesores, no solo conservar y mantener en buen estado la Orden del Toison de Oro, sino tambien aumentarla, honrarla y condecorarla con todo nuestro poder y á nuestros dichos hermanos y caballeros de ella y manifestar todo el honor, favor y amor por nos, nuestros herederos y sucesores los Duques de Borgoña, Gefes y Soberanos de la Orden, rectificamos, consentimos, aprobamos y confirmamos todos los espresados derechos, prerogativas, libertades, franquicias y exenciones que les estan otorgadas y concedidas por nuestros predecesores, y especialmente por el Duque Carlos en el capítulo celebrado en nuestra villa de Valenciennes en el mes de Mayo de 1473. Ademas de estas franquezas y exenciones de nuevo concedidas y otorgadas, les concedemos, el que no paguen en ninguna de nuestras ciudades ni señoríos, derechos, sisas, gabelas, cosechas y tributos por razon de viveres, comestibles y potables ó de cualquiera otra cosa que tuvieren ó tomaren para el gasto y consumo suyo ó de sus palacios y familias. En lo tocante á las personas y propiedades, exime de todos los derechos de plazage, peage, pasage, pontazgo y harcage, é igualmente de tallas, subsidios, tributos, impuestos y demas cargas y contribuciones cualesquiera que sean. Ademas de estos privilegios dió algunos otros, á fin de realzar mas esta especie de renovacion de la Orden.

Deseando marchar en seguida á rechazar á los franceses, terminó el capítulo, no sin manifestar sus deseos de que continuase la fiesta al dia siguiente y se celebrase la misa en honor de la Virgen. Levantó la sesion, saliendo el mismo dia para Gante acompañado del Conde de Chimay.

Los caballeros que no habian acompañado á Maximiliano y los que acababan de recibir el collar, que se encontraban en Brujas, como Bartolomé de Lichtensein, José de Lalain, Pedro de Luxemburgo y Jacobo de Saboya, se reunieron al siguiente dia y se dirigieron en la forma que los anteriores á la iglesia de S. Salvador á la misa, vísperas y completas cantadas en loor de la Virgen. Cantóse ademas con gran acompañamiento de música el himno *inviolata*. En lugar del vestido de terciopelo carmesí, llevaban en este dia los caballeros trajes de seda blanca.

De esta manera concluyó la fiesta vigésima prima del Toison, una de las últimas en que se desplegó toda la pompa y magnificencia con que se celebraban de ordinario estas solemnidades.

Después del capítulo general celebrado en Gante en la iglesia de S. Babon el año de 1559, no se convocó otro. En 1577 habiendo perdido la Orden la mayor parte de sus individuos, obtuvo Felipe II del Papa Gregorio XIII el permiso de reemplazarlos sin convocar capítulo.

Conservóse el Maestrazgo y soberanía de esta insigne Orden del Toison en los Reyes de España sin contradicción alguna, hasta el fallecimiento de Carlos II.

Conocida es de todos la guerra de sucesion, que después de este suceso asoló á España por espacio de muchos años.

Felipe, Conde de Anjou triunfó por último de Carlos, Archiduque de Austria, que pretendia como él la corona. Habiendo este último heredado el imperio de Alemania, siguió siempre usando de los títulos correspondientes á los reinos, señoríos y dignidades de la corona de España, titulábase por consiguiente Gefe y Soberano de la mencionada Orden del Toison.

En 2 de Agosto de 1718 se celebró en Londres un tratado, que se llamó de la Cuadruple Alianza, que aceptó Felipe V en el Haya á 17 de Febrero de 1720. Por uno de sus artículos Carlos VI, Emperador de Alemania, le reconocia por Rey de España, y por el 3.º renunciaba á todos y cualesquiera derechos que pudiera tener á la corona de España.

En 1725 se hizo un tratado entre los referidos Emperador de Alemania y Rey de España, en que se ratificaban el primero en el artículo 3.º del tratado anterior, espresándose ademas que para allanar las controversias que por razon de títulos se hallaban movidas, convenian tanto el Emperador de Alemania como el Rey de España pudieran usar durante su vida de los títulos que uno y otro habian tomado; pero que sus herederos y sucesores habian de usar solamente de aquellos títulos que correspondiesen á los reinos y provincias en cuya posesion estuviesen, omitiendo todos los demas. En virtud de este tratado Carlos VI conservó durante su vida el derecho de poderse llamar Gefe y Soberano de la Orden del Toison, y Felipe V quedó como Gefe y Soberano propietario de la misma que le pertenecia indisputablemente antes que al Emperador, primero por ser Rey de España á cuya corona estaba unido el gran Maestrazgo de esta insigne Orden, y segundo por ser de la línea primogénita del Emperador Maximiliano, padre de Felipe el Hermoso.

A la muerte de Carlos VI, el secretario de la embajada española cerca de la corte de Viena, D. José Carpintero presentó al gabinete austriaco una nota á nombre de su Soberano en que decia, «que habiendo cesado con la muerte del Emperador la calidad apelativa de Gefe y Soberano de la Orden del Toison, no vendria S. M. en que otro alguno se revistiese del carácter fisico de Soberano de la misma.»

En el congreso de Aix-la-Chapelle de 1748 se puso en duda por el artículo 13 de sus preliminares los derechos y posesion incontestables de Felipe V á la soberanía y gran Maestrazgo de la Orden. Su embajador extraordinario D. Jaime Masones de Lima declaró, «que S. M. Felipe V no reconocia potencia alguna en la tierra á quien perteneciera el contestárselos, protestando contra todas las inducciones que cualquiera poco instruido de los derechos y atributos de las Coronas podria sacar así del artículo 13 de los preliminares, como del silencio del tratado definitivo en perjuicio de un derecho y posesion unidas inseparablemente á la corona de España.—Desde esta época han seguido los Emperadores de Alemania confirmando el collar de la Orden, fundándose en los derechos de Carlos VI, solemnemente renunciados después.

HISTORIA.



(Combate de Vilagonga.)

FRANCISCO PIZARRO.

Atento Pizarro á prevenir la dislocacion inevitable en un estado sin cabeza, y al ver que la sublevacion de algunos caciques convertia en odio hácia los invasores el llanto que arrancára á los indios la desastrosa muerte del Monarca prisionero, le convenia restaurar aparentemente aquel imperio, mientras establecia un órden de cosas por cuya virtud fuese pacífico tributario de la corona de Castilla. Nombrado sucesor del Inca al príncipe Toparpa por consejo de los orejones, hizo frente el gobernador á lo azaroso de las circunstancias, y hábil en disimular cuanto cumplia á sus designios ceder entonces á la voluntad agena, creaba un soberano que por lo ilustre de

su estirpe y lo legítimo de sus derechos imponia veneracion á la gente indiana, y por lo temprano de su edad y lo natural de su inesperienza habia de ser pupilo del gefe de los españoles.

Habia transcurrido ya mas de medio año desde el acontecimiento de Caxamalca cuando el gobernador y el mariscal salian de allí al frente de cuatrocientos ochenta hombres en demanda de la capital del Cuzco. Acompañabanles el nuevo Inca y Chialiquichiamá llevados en magníficos palanquines: nunca se viera en América tal armonía entre los indígenas y los peninsulares: alegres con las riquezas de que ya eran poseedores y las esperanzas

de mas pingüe fortuna recibían en todos los pueblos del tránsito universal tributo de sumisión respetuosa. A su cargo tenía Sebastian de Belalcázar la custodia del distrito de San Miguel de Piura, llave de tan inmenso territorio; su inteligencia y prevision nunca desmentidas abonaban lo acertado del nombramiento.

Sesenta leguas habian caminado sin advertir demostraciones hostiles, y solo en el país de Xauja y á la margen del rio que lo fecundiza, siempre caudaloso y á la sazón crecido por el desleimiento de las nieves de las montañas, opusieron los indios resistencia tan leve, que determinó su fuga el arrojo con que los castellanos se metieron por la corriente. Allí dividió el gobernador en tres trozos su tropa: Hernando de Soto se puso en camino á la cabeza de la vanguardia: siguióle Almagro manteniéndose en la marcha á pocas leguas de Soto: se detuvo Pizarro con la retaguardia en aquel ameno y fértil valle, punto central de las distancias, donde debia maniobrar su hueste, y por lo mismo señalado por su perspicacia para fundar un pueblo: dejó allí por su representante despues de tomadas las primeras disposiciones al tesorero Riquelme, con lo cual pudo desembarazarse de un espíritu inquieto sin ofenderle, antes bien halagando su amor propio; y destacó alguna gente en direccion de Pachacamac á fin de erigir otro pueblo en la marina.

A tiempo de reclamar Hernando de Soto la presencia de Toparpa en Curibayo por si lograba apaciguar á un grueso de indios que pretendia atajar su paso, enfermó el Inca y su fallecimiento desbarató todos los planes levantados sobre su aparente soberanía. Por fortuna los indios que anunciaban con su ademan resuelto intenciones de no ceder sino con la muerte, huyeron al aproximarse los caballos y ya no encontró aquel capitán de crédito ningun estorbo hasta la sierra de Vilcacongá, á siete leguas del Cuzco. Reunidos allí los naturales en mayor número aguardaron á pié firme á sus enemigos: habian abierto hoyos y clavado estacas en lo mas escabroso del terreno, para que se inutilizasen los caballos; y al caer desprevénidos en la asechanza sonó la desordenada gritería de costumbre como señal de ataque. Era de oír á Soto como alentaba á los suyos, entre un diluvio de flechas, dardos y piedras arrojadas desde una posición ventajosa, manifestándoles con vehemencia que ni convenia hacer allí alto, ni dejar de obtener la victoria, y dando ejemplo de impetuosa bravura con meterse por medio de la agrupada y numerosa multitud de enemigos que tenia delante. Bien necesitaron los españoles de toda su energía y destreza para no sucumbir ante la tenacidad de los que hasta entonces habian aparecido en diferentes sitios con aparato de defensa, mostrándose resueltos solo en la huida. Propicia la noche al cansado y disminuido escuadron de Soto vino á separar á los combatientes y á suspender su encono mientras no asomase la nueva aurora; anhelaban los indios aquel momento para completar su triunfo: temíalo el caudillo castellano por la escasez de sus recursos y el disgusto que le producía la idea de retroceder camino al tocar el término de su aventura. Abruñado de fatiga y sin doblarse sus párpados al sueño perdía esperanzas á medida que avanzaba la noche, dudando

tal vez le negase el cielo una muerte gloriosa como único bálsamo á su amarga angustia. Vino á sacarle al fin de su abatimiento el son de bélica trompeta, repetido una vez y otra por el eco de las montañas, y contestado al punto por los que aguardaban en tan penoso trance providente socorro. Habia llegado Almagro á la falda de la sierra: poco mas tarde tendía sus brazos á Soto, frenético de gozo y descansaban unos de su fatiga, otros de su inquietud trabajosa, preparándose todos á renovar la lucha apenas se dibujara en el horizonte el primer albor de la mañana. Triste sorpresa causó á los indios ver duplicada la fuerza de sus contrarios y vanamente probaron á contrarestar su mayor ardimiento y confianza; desbaratados y dispersos huían á poco por riscos y torrenteras, despues de acreditar un tesón de que antes no habian dado señas, y de cantar una anticipada victoria.

Fatal fué á Chiliquichiamá el aprieto en que se vieron los sesenta caballos de Soto; ya habia pasado á la triste condicion de prisionero, por atribuírsele inteligencias misteriosas con Quizquiz, su antiguo camarada; dañábale tambien su nombradía, adquirida en cinco batallas campales, la cual hacia decir á los indios que de haberse hallado tan valeroso caudillo en Caxamalca otro fuera el giro de los acontecimientos. Tales propósitos y las sospechas que su crédito inspiraba le costaron la vida á tiempo de reunirse el gobernador, el mariscal y Soto en las alturas de Vilcacongá. Trabaron los indios en el valle de Xaquixaquama otro pequeño combate á que puso término la traición de Mango Inca pasándose á los españoles con toda su gente. Seguros ya de apoderarse del Cuzco sin sujetar de nuevo su fortuna al éxito azaroso de la pelea, solo hubo necesidad de que se adelantasen de orden del gobernador su hermano Juan y Hernando de Soto á fin de impedir que los indios en su despecho ocultaran los tesoros en su metrópoli hacinados: consiguieronlo en parte proporcionando á la aventura falange un botín todavía mas espléndido que el de Caxamalca. Pizarro organizó al punto el gobierno de aquella población nombrándola alcaldes y regidores y señalando el sitio donde se habia de elevar un templo al Dios de sus antepasados.

Habíase allanado con tan veloz é impetuoso empuje aquella fabulosa conquista, y aun reinaba acuerdo de pareceres entre el gobernador y el mariscal, mientras esperaba este el resultado de sus gestiones, hechas por conducto de Hernando Pizarro, confiadas en secreto á Cristóbal de Mena y Juan de Sosa y dirigidas á obtener con la investidura de adelantado el regimiento del país que se explorase mas allá del concedido á su compañero. Vino por entonces á atizar el fuego de la discordia un ilustre personaje, tambien estremeño, encanecido en los campeonatos de las tierras de Motezuma, célebre por sus aventuras y proezas, impulsado al campo de batalla en su juventud por la gloria, en su vejez por la codicia. Pedro de Alvarado, amigo y camarada de Hernán Cortés, rayo de la guerra contra los mejicanos, bien quisto en la corte de Castilla, opulento con la gobernación de Goatemala, no supo moderar su sed de oro al rumor de haber descubierto Pizarro fértiles y pingües regiones. Merced á su nombradía le costó poco reunir algunos centenares de

hombres que auxiliaran su empresa: al presentarse en Nicaragua se hizo dueño por la violencia de dos buques dispuestos para enviar socorros á Pizarro, y desembarcando en Puerto Viejo se internó por aquel territorio. Increíbles contratiempos le asaltaron en su viaje, morían muchos de sus soldados de sed, de hambre, de fatiga: cruzaban áridas llanuras, escarpados montes, ya se metían por medio de la nieve, ya hollaban sus pies la calcinada ceniza de los volcanes. Empeñados en una áspera cordillera y combatidos por horrorosa ventisca perdían todas sus riquezas, arrojándolas prestamente por caminar con mas desembarazo, y maldecían la hora en que se habían comprometido á obedecer al avariento Alvarado. Este despues de traspuestas aquellas cumbres y de descender á un ameno y espacioso llano veía su tropa desbandada, aturdida, sin aliento como si hubiese sufrido una completa derrota acometiéndola fuerzas numerosas y acosándola en la fuga con desapiadada porfía sus orgullosos vencedores. Para colmo de desventura, no bien habían avanzado algunas millas por el ancho sendero que se ofrecía á sus ojos tuvo ocasion de conocer que allí le habían precedido otros españoles, pues empezaron á servirle de rumbo recientes pisadas de caballos en el gran camino de los Incas. Habían dejado aquel rastro gentes de Almagro, quien sabedor por Gabriel de Rojas de la tentativa del gobernador de Goatemala, no vaciló un momento en atajarle el paso, unido á Belalcázar y á un destacamento de San Miguel de Piura; y situándose en Riobamba envió ocho ginetes de descubierta por aquellos contornos. Hizolos prisioneros Diego de Alvarado: recibiólos su hermano blanda y urbanamente, restituyéndoles su libertad con aviso á Almagro de que pensaba se arreglase todo sin escándalos ni turbulencias. Por la respuesta del mariscal pudo cerciorarse Pedro de Alvarado de como allí estaba de sobra, pues le decía que la gobernacion de aquel territorio correspondía á su compañero, y que él esperaba despachos de Carlos V para tomar posesion del pais que se dilataba al oriente. Comenzaron á desertar de las filas del gobernador de Goatemala algunos españoles y entre ellos su secretario Antonio Picado: de las del mariscal solo imitó tal conducta el odioso Felipillo. Avistáronse en fin los opuestos bandos y sin duda se trabara el combate á no temer cada uno de los caudillos la impopularidad de ser el primero en desenvainar la espada y blandirla contra sus compatriotas. Un castellano de autoridad y prestigio, cuyo nombre omite malamente la historia, intervino como medianero en tan crítico trance, zanjó las dificultades que estorbaban una entrevista de ambos gefes, y se concertó que Alvarado dejara allí sus soldados y se volviera á Goatemala recibiendo cien mil pesos por via de indemnizacion á sus desembolsos. No quiso poner por obra su promesa antes de visitar á Pizarro, que permanecía en Pachacamac: entonces: dádovoso, tipo de liberalidad como siempre, obsequió á Alvarado con dones casi superiores en precio al del contrato admitido, asegurándole que sus oficiales y soldados no tendrían motivo para quejarse de mala fortuna. Sin mas incidentes tomó Alvarado la vuelta de Goatemala, no ceñido con lareses semejantes á los conquistados en Cholula, sino colmado

de riquezas, no como capitán ilustre por sus hazañas y talentos, sino como un traficante que para lograr buen éxito á una especulacion vasta se engolfa en los mares, y despues de trocar por oro sus mercancías, vuelve á su antigua residencia á deslumbrar con su fausto los ojos de la muchedumbre, satisfaciendo la pasion del orgullo, ya que no gozando las intensas delicias de la gloria.

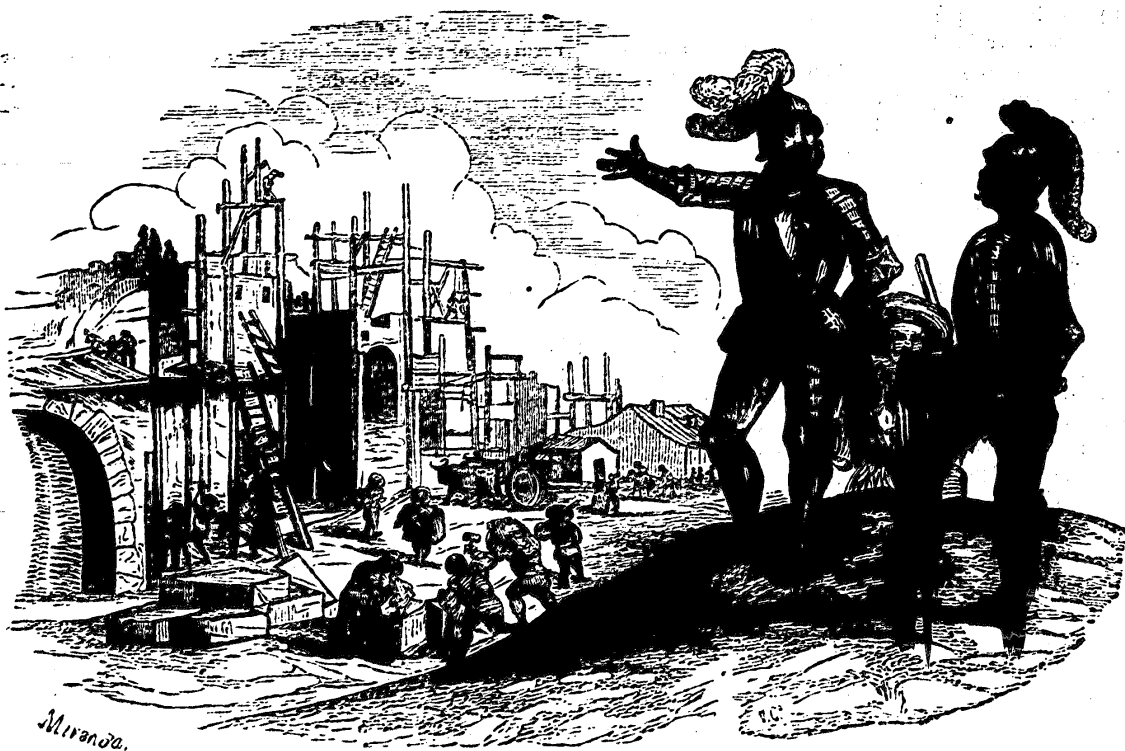
Libre Pizarro de aquel poderoso émulo, supo aprovechar la holgura que le consentían la aparente pacificacion de los indios y la expectativa de su sócio Almagro, para recorrer el pais y elegir un sitio conveniente donde se echasen los cimientos de la capital de su conquista: hallólo en fin á dos leguas del mar á cuatro de Pachacamac, en medio de un fértil y salutifero valle, á orillas de un rio de escasa corriente, y bajo un bonancible clima. Noble figura ofrece un conquistador del siglo décimosexto y de educacion ruda, que lejos de complacerse en entrarle todo á sangre y fuego, y en ostentar por lema de sus insignias *desolacion y esterminio*, se deleita en hacer oficios de arquitecto y de sobrestante, aplicando sus instintos de gobierno y de buena policia á la delineacion de las calles, á la situacion de los templos y hospitales, á la altura de los edificios, á la estension de los paseos y de las plazas. Allí empleaba su actividad con mas fervor que en las lides, bajo su vigilancia se alzaba como por arte de encantamiento la ciudad de los Reyes, hoy de Lima: en torno de su palacio erigian costosas viviendas sus capitanes; y segun nota de un escritor de aquel tiempo, desde toda encrucijada se veían las cuatro partes del campo. Trasladándose despues al valle de Chimo, ochenta leguas al norte y en la misma costa, dictó acertadas disposiciones para la ereccion de Trujillo, en memoria de la ciudad donde tuvo su cuna. Con aplauso, satisfaccion y regocijo de todos hizo repartimiento de solares, indios y heredades en las dos poblaciones por su voluntad fundadas. Pizarro se hallaba en su elemento, otorgando mercedes, enriqueciendo á sus camaradas y no teniendo nada suyo: aquejábale solo escesa ambicion de mando, y no para ejercerlo desapiadada, violenta y arbitrariamente; sino para que no le ejerciese otro; propicio á transigir toda desavenencia, á ceder, si necesario fuere, no toleraba cerca de si iguales, ni menos superiores.

Indios de Quizquiz y de Huaypallca habían alcanzado algunas ventajas sobre Almagro y Diego de Alvarado, y esto les traía ensoberbecidos y altaneros, imaginando el total aniquilamiento de los Viracochas, nombre que en virtud de una de sus tradiciones daban á los castellanos. Sebastian de Belalcázar hubo de derrotar á unos corredores de Quizquiz, á cuyos reales llegaron los fugitivos, ponderando el número de sus enemigos triunfantes y la imposibilidad de sacudir su dominacion poderosa. Quizquiz propuso la retirada á fin de proveerse de bastimentos. Huaypallca tuvo por mejor partido el de que se presentáran obedientes á los españoles ya que no poseían medios de poder perpetuar la lucha. Parecer tan juicioso halló eco entre los indios; queriendo disuadirles Quizquiz de propósito semejante, aleó su conducta tachándola de cobarde: replicáronle que si abominaba la paz con los Viracochas, ocasion era de atacarlos y no de esquivar sus

armas retirándose por los desiertos como gente cuitada y sin consejo. Oyendo Quizquiz estas desenfadadas expresiones en boca de sus capitanes, habló de pesquisas, de amenazas, y de castigos, con humos de autoridad absoluta, omnipotente, cuando ya no ejercía ninguna sobre su hueste; y así el altercado vino á desenlazarse con exhalar

Quizquiz el último aliento, atravesándole Huaypallea con un dardo, insignia de su militar categoría. Asintieron á aquella acción innoble todos los presentes, hiriendo cada cual á Quizquiz con las armas que tenía mas á mano.

Si el desacuerdo entre los antiguos súbditos de Ata-



(Fundacion de la ciudad de Lima.)

hualpa ofrecia bienhadado sosiego á los españoles, tambien prendia y echaba raices en sus filas la simiente de la discordia, é iba enseñoreándose de todos los corazones el mal genio de las guerras civiles. Almagro, con poderes de su compañero Pizarro para tomar á su nombre el mando de las tierras limítrofes al Cuzco, se dirigia á explorar el pais llamado Chiriguana en compañía de los Alvarados, habiéndosele recibido en la capital de los Incas con respetuosa pompa por Hernando de Soto, Juan y Gonzalo Pizarro, y demás capitanes de cuenta.

Por entonces le alcanzó un desconocido á fin de entregarle traslado de las provisiones reales, en que se le conferia el gobierno desde Chíncha en adelante: deslumbrado con noticias á su ambicion tan halagüeñas, prescindió totalmente de la autoridad que el gobernador habia delegado en su persona, y sin otro aviso empezó á mandar por sí propio. Aquel paso, inconveniente y opuesto á lo que exigian consideraciones debidas á la amistad y

al bien de todos, fué la señal de dolorosos disturbios, de escenas de sangre, de horribles conjuraciones y de funestas venganzas. Receloso el gobernador Pizarro de perder la gloria que habia de caberle por el repartimiento de los indios y de las tierras del Cuzco, é instigado por españoles mas adictos á su causa que á la de Almagro, revocó los poderes que le habia otorgado, y trasmitiéndolos á su hermano Juan, todavia supo disimular con destreza el objeto de esta medida, pretestando se la inspiraba el deseo de que el mariscal se encontrase mas desembarazado para la conquista del nuevo territorio, que habia de tocarle en dominio. Ningun efecto podia tener aquel mandato puesto que Almagro campeaba ya por sí solo; conducta que naturalmente debia ofender á Juan y á Gonzalo, dividiendo á la ciudad en banderías y haciendo mas numerosa la de los dos hermanos hasta enconarse los ánimos de tal modo que hubiera corrido á torrentes sangre española, si Hernando de Soto, cuerdo y vigoroso

no atajara el mal y suspendiera sus tristes resultados con proveer que los Pizarros, sus principales amigos y Almagro guardasen por cárcel sus respectivas casas. Noticioso el gobernador de aquellos desórdenes lastimosos, hubo de encaminarse prestamente desde Lima al Cuzco, mandando que no se le hiciera ostentoso recibimiento. Allí reconvinó afable y amistosamente á Almagro que le habia obligado á ir por los caminos *sin cama ni tienda, comiendo maíz solo, ocasionándole tanta fatiga por haberse mezclado en tales reyertas*. Escusóse el mariscal manifestando que los hermanos del gobernador daban pábulo al desconcierto por la pesadumbre que les causaban las distinciones que recibia del Soberano. Despues de mediar esplicaciones y cordiales protestas, otra vez se prosternaron los dos socios al pié de los altares, y partiendo un sacerdote entre ellos la hostia consagrada, estrechó los vínculos de un afecto que no debiera haber roto incidente alguno.

Aprestóse en seguida el mariscal á sus exploraciones por Chile y prodigando sus tesoros á los aventureros que se alistaban bajo su bandera lograba reunir respetable hueste: para dar cima á otros planes concernientes al porvenir de un hijo suyo necesitaba cien mil pesos, se los pidió á Pizarro y este de buena voluntad se los facilitó de sus propios caudales. Apenas se puso en marcha el mariscal nombrando á Rodrigo Ordoñez por su segundo y enviando delante á Paulo Topa, indio de categoría y al sumo sacerdote para captarse el ánimo de los naturales, hizo el gobernador repartimiento de las tierras del Cuzco, y dejando en la poblacion á su hermano Juan por gefe, tomó la vuelta de Lima por halazar sus gustos la fundacion de la capital de aquel grande imperio, donado por su infatigable heroismo á la corona de España. A la sazón todo respiraba sosiego; de un día á otro debia llegar Hernando Pizarro con las provisiones reales: en ellas vendria perfectamente señalado el límite de ambas gobernaciones; y soldados que nunca habian desmentido su lealtad al Monarca y que con fervor escrupuloso le adjudicaban el quinto de todas sus adquisiciones, y á su nombre

acometian todas las empresas y entraban en posesion de las tierras y ciudades, se someterian sin esfuerzo á mandar solamente donde Carlos V les prescribiera. Por fin tuvo lugar aquella apeteuida llegada: Hernando produjo en toda España con las noticias de que era mensajero una sensacion análoga á la que habia escitado años antes el egrejo conquistador del nuevo mundo. Atendido por la corte en cuanto solicitaba obtenia para sí el hábito de Santiago y la categoría de general de la armada con que debia regresar al Cuzco: para su hermano el título de Marqués de los Atabillos y á lo largo de la costa del Sur setenta leguas de gobernacion mas de las que ya tenía á su cargo, dándose á todo aquel territorio la denominacion de Nueva Castilla, y la de Nuevo Toledo al país limítrofe hasta comprender doscientas leguas para ser gobernadas por D. Diego Almagro.

Apenas se advirtieron síntomas de desacuerdo entre los españoles, dividiéronse tambien los indios en dos bandos, y es de notar que Mango ascendido al trono de los Incas por voluntad del gobernador se hizo contrario suyo y despues de todos los conquistadores: así empezó á maquinár en compañía de los naturales y con sigilosa cautela asechanzas que les dieran el desquite de sus continuos reveses. Presentábales propicia coyuntura la permanencia del gobernador en Lima, la expedicion del mariscal á Chile, y la poca fuerza que guardaba el Cuzco por haber salido muchos de los que guarnecian la ciudad al descubrimiento y exploracion de las tierras circunvecinas. Dos veces pudo escaparse Mango y otras tantas fué cogido y llevado al Cuzco: hallábase preso al llegar Hernando con el fin de suceder á su hermano Juan en aquel difícil gobierno. Quiso inaugurarse en su alto empleo con restituir la libertad al Inca, otorgándole mas tarde permiso para asistir á unas fiestas anuales, y así autorizado salió Mango del Cuzco á presencia de aquellos á quienes se proponia acometer con furibundo y porfiado encono.

A. FERRER DEL RIO.

LA PRINCESA DE VIANA.

NOVELA HISTORICA.

CAPITULO VIII.

De como el Capitan de aventureros salió del castillo de Orthén sin decir tus ni mas, y de como á su salida tropezó con una persona que le llamó muchas veces.

Apenas el intrépido y valiente Floristan apareció en el umbral de la puerta, todos los caballeros retrocedieron un paso, sin ser dueños de reprimir aquel involuntario movimiento de temor y de sorpresa.

Su talla gigantesca, el temple de su armadura, el eco imponente de su voz, profundamente irritada, su arrojo,

su decision, y sobre todo el alta fama de sus formidables tajos y descomunales proezas, que resonaba muy mas allá de los estrechos límites del menguado Reino de Navarra; justificaban aquel efecto súbito de su presencia.

Repuestos sin embargo los caballeros de la primera turbacion, hubieran arremetido todos juntos ó uno á

uno contra el audaz aventurero impulsados por la voz de su honra mancillada en un solo instante de vacilación, si no viesen que el hijo de la Condesa de Fox se colocaba al lado del animoso paladín de la Princesa de Viana, y que este apretándole fuertemente la mano con la suya revestida de hierro, le decía:

—¡Don Gaston! dejadme solo: con la punta de mi espada he de abrirme paso por medio de esa turba de caballeros descomedidos, que se atreven á desnudar su acero contra el defensor de una dama.

—No, Floristan, le respondió D. Gaston con el rostro inflamado aun por el amor, y por la cólera: aunque sea vuestra exclusivamente la preza del combate, conmigo debéis partir los peligros.

—¿Los veis que no se atreven á levantar su espada porque está delante de mí el hijo de la Condesa? ¡Ea! alejaos de aquí, D. Gaston, dejadme solo, y vereis cómo se precipitan sobre mí, como la jauría de lebreles sobre el javalí de las montañas.

—Perdonad, amigo: los deberes de la hospitalidad me obligan á no abandonar la defensa de mi huésped.

—Lo que haceis con eso D. Gaston es imposibilitarme la salida. Hélos ahí inmóviles con los brazos estendidos como el roble de los Pirineos. ¡Ea pues! ó me dejais, ó les obligo á defenderse á cuchilladas.

—Mas prudente me parece, Floristan, que nos aprovechemos de la circunstancia favorable del respeto y consideración que me tienen, y que escudados por mí salgais vos y Doña Blanca de este alcázar inhospitalario.

Esta propuesta no la hizo D. Gaston en voz tan baja que dejase de llegar á oídos de la Condesa de Fox, la cual se alarmó vivamente por el aspecto que iba tomando aquella aventura.

Hallábase en un momento crítico de duda y de ansiedad.

Si permitía que los caballeros acometiesen al arrogante Capitán, eran pocas las probabilidades de buen éxito, tanto por la pujanza y valor desesperado del paladín, como por hallarse armado con todas las piezas del arnés, mientras que los demás, que no para combates, sino para fiestas y bodas estaban aderezados, vestían finas telas de lana y brocados de seda y oro. Estas probabilidades se disminuían aun con la defensa que su hijo D. Gaston prestaba á su amigo, y una madre sobre todo, no podía dar la señal de la arremetida para una lucha en que podía perecer su propio hijo.

Esto por una parte: por otra si Floristan se determinaba á seguir los consejos de su amigo, era indudable que á la sombra y protección de este, la Princesa y él saldrían sin resistencia del alcázar.

No había tampoco esperanza, conociendo la hidalguía y resolución de su hijo de que con súplicas, ó mandatos, ó amenazas llegase á desistir de su tenaz empeño.

¿Qué había de hacer en este caso? Adoptando el primer camino esponía á un inminente riesgo la vida de D. Gaston, siendo fácil que los esfuerzos de los jóvenes amigos alcanzasen completo triunfo: resignándose á tomar el otro rumbo, se malograban en un instante tantos años de esperanzas ambiciosas.

Era en vano apelar á la ternura, ó interponer su autoridad para con el hijo, que en pocas horas había descubierto un mundo de maldad y de crímenes, bajo el brillante aparato que le circundaba: era necesario poner en juego otros recursos; y sea dicho en honor al peligroso talento de la Condesa, esta no tardó mucho tiempo en inventarlos.

—Haceis muy bien caballeros, exclamó la Doña Leonor con un gesto de orgullo, y dirigiendo al soslayo una mirada de desprecio al valiente Capitán de aventureros; haceis muy bien en no querer medir vuestra noble espada con la de un villano mal nacido, de cuya ridícula arrogancia tenemos nosotros la culpa, por haberle consentido á nuestro lado.

—Señora, contestó tranquilamente Gimeno á los calculados insultos de la Condesa, sois muger y vuestras palabras no me ofenden; pero si hay una lengua varonil que las repita, os juro que servirá de alimento á los perros de vuestra casa.

—Sin duda sabiais, continuó Doña Leonor sin contestarle, sin dirigirle una sola mirada, sin duda habeis llegado á saber, caballeros, que el famoso D. Floristan es el hijo de un miserable judío.

—¡De un judío! exclamaron todos con horror.

—¡Hijo de un judío! repitió Gaston mirando á su madre con mas ira que respeto. Floristan, dijo luego á este con resolución, desmentid esa calumnia, reveladle vuestro nombre.

—Si que la desmienta, que lo diga, que revele quien es, repitió aquella muger en cuyo semblante se retrataba la satisfacción del ya previsto efecto que producian sus palabras.

—Hablad, Floristan, confundidlos con una palabra.

—No le llames, Floristan, que tal vez, como ese no es su nombre no quiera responderle, llámale Simón el hijo de Samuel Leví, judío de Mendavia; llámale Gimeno con el que se bautizó despues hace pocos años.

—¡Cristiano nuevo! repitieron á una voz los caballeros.

—Si, cristiano nuevo, pero tan bueno y tan honrado como cada uno de vosotros, exclamó por fin Gimeno ardiendo en ira, y mas valiente que todos vosotros juntos.

—Si, cristiano nuevo, repitió la Condesa con desdenosa sonrisa, cristiano nuevo que para hacer penitencia de toda una vida de pecado mortal, mientras estuvo separado de la ley de Dios, se retira á las selvas de las Bardenas Reales de Tudela y allí....

—¡Silencio! gritó Floristan vertiendo rabia por los ojos, que como brasas se divisaban al través de los hierros calados de su visera.

—Y allí sustituyó....

—Silencio por Dios, tornó á gritar el Capitán de aventureros, en voz menos arrogante.

—No, no me hareis callar, llegó la hora de revelarlo todo....

—¡Oh! Perdon, perdon.... Señora! dijo Floristan cayendo de rodillas delante de la Condesa.

—¡Levántate miserable! no quiero que el bandido, el sucesor del famoso salteador Sancho de Rota, llegue á tocar las orlas de mi vestido.

- ¡Salteador de caminos!
- ¡Bandido!
- ¡Sucesor de Sancho de Rota!

Estas exclamaciones que salieron de boca de todos con espanto, de la de los caballeros, de la de su amigo..... y

hasta de los labios de la Princesa de Viana, acabaron de aniquilarle.

Alzóse del suelo; envainó su espada, y cruzó los brazos con desesperacion.

No tenia ni fuerzas, ni resolucion, ni valor para mar-



char.... no pensaba en nada: la afrenta habia llegado á su colmo, y estaba á punto de caer muerto de rabia y de vergüenza.

Doña Leonor tenia á sus pies la espirante víctima; pero era una hiena que tenia la complacencia de cebarse en los cadáveres.

—¡Ahí le teneis....! este que se ha dado á conocer con el nombre de Floristan el día en que se vendió al servicio del Rey de Navarra, vivió mucho tiempo capitaneando á los bandidos de las Bárdenas... Vos, Mosen Pierres, ¿no lamentais todavia el saqueo de vuestra villa de Milagro? ¿no escuchais el gemido de los sacerdotes del Señor asesinados al pie del altar, los gritos de las mugeres violadas, de los niños estrellados....?

—¡Oh! No me recordeis sucesos tan espantosos.

—Pues ahí teneis al Capitan de aquella cuadrilla de asesinos.

—¡Señoral! exclamó Gimeno queriendo disculparse; mas el peso de la acusacion era tan enorme que lo abrumaba, y no tuvo aliento para añadir una sola palabra.

—Vos, Marqués, ¿habeis olvidado el incendio de los campos de Tafalla....?

—¡Oh! jamás!

—Pues ese que queria medir con vos su acero es el

que mandaba la bandada de salvajes que en aquella confusion saquearon á las granjas de los labradores, y sus ganados y rebaños.

—¡D. Gaston, D. Gaston, defendedme! exclamó Gimeno con la voz casi ronca y desmayada.

—¡Apártate, miserable! le dijo su amigo volviéndole las espaldas.

—¡Doña Blanca!

La Princesa no levantó la frente al escuchar la voz de su querido.

Ya no tenia Gimeno adonde volver los ojos.

Dirigióse á la puerta de la habitacion con paso firme y arrogante: parecia su continente el de un hombre tranquilo y sereno; pero dentro de la celada se ocultaba un semblante pálido como la cera y por el que resbalaban dos lágrimas de vergüenza.

Abrióronle paso los caballeros, alejándose de él, á su tránsito, como de un apestado, y salió del alcázar sin que nadie le dijese una sola palabra.

La Princesa de Viana quedó en poder de sus mas encarnizados enemigos.

Las pisadas del caballo de Gimeno resonaban en los

robustos tablones del puente levadizo con sordo y temeroso estruendo, y cuanto mas prisa, cuanto mas ansia mostraba el ginete en huir de aquel infernal castillo, tanta mas lentitud, y resistencia oponia el asustado bridon para dar un solo paso.

Hundia Gimeno las punzantes espuelas de hierro que siempre se retiraban de los hijares bañadas en sangre. Relinchaba el caballo siniestramente, y encabritándose daba á entender que, magüer cansado por todo un día de jornada, no le faltaban fuerzas suficientes para dar con el despiadado ginete en tierra, si este fuese menos diestro y robusto que el capitán de las Bárdenas.

Aquella ocasion no era la mas oportuna para que Gimeno se detuviese á investigar las causas de la pesadez de su caballo; la espantosa afrenta que acababa de sufrir embotaba sus sentidos, sus ideas y sus pensamientos, y se hallaba envuelto en una especie de atmósfera de vergüenza, de rabia y desesperacion que le circundaba zumbándole en los oídos, como el agua en los del náufrago que perece bajo las olas.

Creyó sin embargo un solo instante que el horror de una noche oscura y tempestuosa, y el sentimiento de abandonar el descanso y abundantes piensos del castillo, eran motivos mas que suficientes para alejarse con pena de aquel albergue, donde al pobre caballo no le habian llamado judío, ni salteador de caminos como á su dueño.

No dejaba de ser en efecto duro y terrible eso de emprender un viaje indeterminado, en una noche tenebrosa, escuchando á lo lejos el ronco bramido de la tempestad, y sin mas luz que la de siniestros y súbitos relámpagos que surcaban el cielo iluminando rápidamente la tierra silenciosa y muda de espanto; pero el bridon del Capitán de aventureros acostumbrado á pasar días y noches á la intemperie y en incesante fatiga, no debia mostrarse ahora tan cobarde ni rehacio, despues de dos horas de descanso: algun motivo particular debia existir que hiciese verosimil su estraña conducta. Floristan sin detenerse en su averiguacion alojó las riendas, dejándole seguir al paso que quisiese y por el camino que se le antojase. Para Gimeno todos eran iguales, todos le eran indiferentes, con tal que le alejasen del alcázar, teatro de su ignominia.

La tempestad entre tanto redoblaba sus furores y el caballo marchaba con mucha irregularidad: unas veces seguia con suavidad y con calma, y de repente se paraba y se estremecia como si una persona se le acercase. Sintióse luego el sordo ruido de gruesas y repentinas gotas de lluvia que iban avanzando rápidamente. El caballo habia pasado ya el antiguo puente de piedra del Gave: á la luz de los relámpagos podia distinguirse un pais desierto, cuando en medio de los truenos resonó una voz femenil ronca y agitada:

—¿Simon?

El caballero nada escuchó: la voz de la persona que le llamaba debió sin duda confundirse con el bramido de la tempestad.

—¿Simon? ¿Simon?

Por esta vez si el ginete no pudo oir aquellos acentos, cuando menos debió percibirlos el caballo, que se quedó

inmóvil como una estatua ecuestre, temblando ligeramente de los pies á la cabeza, y anegado en sudor frio.

—¿Simon, Simon!

Por fin, aquellas palabras llegaron á oídos del caballero; pero al escuchar el nombre con que su padre le llamaba en sus primeros años, cuando su razon no habia sido iluminada por la luz de la fe, al escuchar su nombre de judío en medio de los rayos y de los truenos, y despues de la horrible escena que le habia cubierto de oprobio, creyó que el cielo le maldecia, despues que la tierra le habia abominado.

—Simon, hijo de Samuel, hijo de Natan, ¿qué tienes que no respondes á mi voz?

Gimeno, al escuchar el nombre de su padre y de su abuelo en aquellas regiones donde su genealogia debia ser absolutamente desconocida, se confirmó cada vez mas en que era una voz celestial la que le llamaba.

Hubo un instante en que dudó de la verdad de la fe cristiana, y creyó que Dios le pedia cuenta por haber abandonado la religion de sus padres.

—¿Simon?

—¿Quién me llama?

—Soy yo, ¿no has oido nunca mi voz?

—No conozco la voz de los espíritus.

—No soy espíritu, no: soy una pobre muger que viene siguiéndote desde el castillo.

—¿Qué quieres? ¿limosna? no tengo ni una moneda, ni un pedazo de pan que partir contigo. Si estás cansada monta en mi caballo y yo le llevaré de las riendas.

—De nada necesito.

—Ni yo tampoco, dijo el caballero con desesperacion: estamos iguales.

—No, contestó la voz, tú tienes necesidad de mí, tienes necesidad de cualquiera, tienes necesidad de muchas cosas, y vengo á darte cuanto necesitas.

—Apártate: la lluvia cae á torrentes, quiero guarecerme en un albergue.

—Pues bien, estás á la puerta del mio.

—Déjame marchar: quiero estar solo; quiero buscar un escudero y andar errando por el mundo buscando las guerras y los combates, donde apagar la sed de sangre que me devora.

—Entra, Simon, entra en esta choza, donde hallarás el escudero que te acompañe.

—¿El escudero! ¿le tienes tú por ventura?

—Sí, aquí te tengo á Fermin, cuyas heridas estoy curando.

—¿Cielos! ¿Quién eres tú?

—Quien ha sido testigo de tu afrenta.

—¿Gran Dios!

—Quien puede hacer que confundas á tus enemigos.

—Sí, con mi acero.

—No, con tu mirada.

—¿Qué decís?

—Quien puede sentarte sobre un trono.

—¡Oh! sin duda está demente, exclamó Gimeno con desdeñoso acento.

—Quien puede hacerte dueño de la muger que adoras.

—¿Gimena!

—Quien puede hacerte su esposo.
—¡Oh! Delira; infeliz, delira.
—Quien puede vengarte de todos tus enemigos.
—¡Basta, basta! no te burles de mí.
—No, no me burlo, nada exagero: descende flor y nata de los valientes caballeros; en ésta choza encontrarás un roble ardiendo en el hogar para secar tus miem-

bros arrecidos, un lecho regalado, y abundante pienso para tu caballo.

—¡Pero quién eres tú para hacerme tales promesas?

Un rayo que vino á estallar con viva lumbre cerca de la cabaña, iluminó á los ojos de Gimeno el rostro de una anciana pobremente vestida.

El caballero, creyéndolo todo una supercheria, quiso



proseguir su camino sin curarse de la lluvia ni de la tempestad, cuando escuchó la voz de su escudero Fermin, que habiéndole sentido le llamaba desde el interior de la choza.

— Señor, señor, ¡ voto á Cribas! Entre su merced por aquí dentro si quiere ser tratado á cuerpo de Rey.

Al escuchar Floristan la voz de su escudero no naci-

ló en echar pié á tierra: el caballo relinchó alegremente, y el alazan de Fermin respondió desde adentro con otro relincho no menos satisfactorio.

Al poco tiempo un mismo techo cobijaba á los tres personajes y á las dos cabalgaduras.

F. NAVARRO VILLOSIADA.

TIPOS Y COSTUMBRES ESPAÑOLAS.



EL ARRIERO:

ARTICULO I.

—«Arre, borrico! Arre, puñales, arre! Maldita sea tu estampa! Arriaá.... ¡Nacarino! ¡Borrascas!....

El personaje que con tan ruda oracion inaugural se introduce en este libro trás de una recua numerosa, mista de mulos y de asnos, gritando tantas veces ¡arre!; debe llamarse *Arriero*, como el que siempre está pidiendo por Dios, se llama *Pordiosero*.

¡Arre; só! palabras que no son palabras; porque no sirven para comunicar ideas á nuestros semejantes; verdadera escrescencia de los idiomas humanos y diccionario entero de las bestias de carga. Solo estas dos voces, interpoladas con algunos eficaces porvidas, maldiciones y blasfemias, y sobre todo con una vara de fresno delgada, flexible, pero nudosa y fuerte; bastan al Arriero para regir un pueblo irracional y trashumante. Estos son sus medios de gobierno; sus principios son los siguientes: á burro lerdo arriero loco, pocas leyes y mucho palo, y con ellos no teme que sus vasallos se amotinen, insurreccionen, ni pronuncien; de manera que (con propia confusion lo digo), los anales arrieriles no cuentan

otro pronunciamiento asnal que el de la burra de Balam, sin que desde entonces hayan vuelto á decir los asnos esta boca es mia.

La animada fisonomia del Arriero, su color tostado y encendido, rostro enjuto pero sano, revelan la robustez que nace del ejercicio corporal, la costumbre de respirar un aire puro y la insensibilidad y dureza para los trabajos.

Es interesado de condicion, y prefiere á la módica pero segura ganancia del labrador, la mas pingüe y arriesgada que su industria le proporciona; y al sosiego y dulcedumbre del hogar paterno la vida nómada de traginantes. El trato continuo con irracionales, el hábito de vencer obstáculos y de salvar peligros, le hacen duro y desalmado, y la falta de diversiones, propenso á buscarla de todas clases, aun á costa de pesadas bromas y bellaquerias. Es á pesar de todo, compasivo y honrado con los pobres caminantes, á quienes ofrece muchas veces llevar á caballo si la recua vá de vacío.

Valiente si los hay, á nadie teme llevando su escape-

ta colgada de la enjalma y la navaja en el cinto; y si reunidos tres ó cuatro compañeros, se aparapetan tras de sus mulos, con sus fieles mastines á los pies; se burlan de una gavilla de salteadores, que suele burlarse de un par de compañías de Guardias Civiles.

Verdad es que no siempre flían la conservación de la paz á su imponente resolución y marcial aparato, y apelan mas bien á transacciones diplomáticas entre ambas partes beligerantes. Al cruzar un desierto y espeso bosque, un árido peñascal, por donde el camino sigue en estrecho y tortuoso giro, en el silencio de la noche, cuando no se siente otro rumor que el del casco de las caballerías que hienden por instinto aquellas espesas tinieblas; observareis entonces que el Arriero se adelanta, deposita un puñado de plata en una piedra misteriosa como los altares druidicos, ó los *castros* de los celtas, y entona luego sigilosamente una lúgubre y significativa cantinela. En este caso puede caminar el recuero entre bultos sombríos y malencarados, que bajo sus mantas rojas enseñan los negros lábios de una bocamarta, tan sereno como los Israelitas por entre los muros de agua del mar Bermejo; pero humillado, como un romano bajo las horcas candinas.

Esta especie de seguros mútuos entre arrieros y bandidos prueba que, si bien en siglos anteriores el espíritu de asociación no estaba tan extendido, se mantenía en germen en la clase arrieril, para brotar un día con vigor. A veces los caminantes salían de esta crisis á fuerza de rosarios rezados á coro con los arrieros que los salpimentaban siempre de votos y reniegos. Entonces se tenía por un evangelio aquel piadoso refrán de: *por oír misa y echar cebada nunca se perdió jornada*; pero la preocupación de las despreocupaciones ha llegado también hasta los caminos de herradura y ha hecho dudar á los arrieros de la primera parte del susodicho proverbio; y si al pasar delante de una iglesia cuando tocan á misa en días festivos, arguyes al Arriero su indevoción, te responde que de cada misa que pierde se hace una picadura en el cinto para oír las despus todas juntas en su pueblo.

Estrangero en su patria y huésped de su misma casa, está casado con la mejor moza de su lugar, y vive sin recelos aun viéndola siempre de tarde en tarde y por poco tiempo. No se sabe si debe atribuirse esto á la mucha confianza que en ella tiene, en lo cual perdóneme si le digo que se le conoce poco el mundo que corre, ó á la falta de cariño, ó sobre de caritativos Maritornes, que despreciando nocturnos hielos y escarchas matinales, truecan su blando lecho por las duras, estrechas y desiguales enjalmas del Arriero, como allá Cide Hamete nos refiere.

Es muy singular por cierto el aspecto que presenta un pueblo de arriería. Solo se ven por las calles niños desnudos que se robustecen á la intemperie, y los pocos arrieros jubilados que llegan á la ancianidad, sobreviviendo á sus antiguas fatigas. Las mugeres abandonadas por sus trashumantes maridos al cuidado del cura y del Sacristan, Maestro y Fiel de fechos en una pieza, desdeñando los quehaceres domésticos; invaden por necesidad los varoniles, y surcan con sus débiles manos los ingra-

tos campos de la montaña. Cualquiera diría que una funesta plaga ha desolado aquellas comarcas, por las cuales pasó el horrible carro de la guerra desparciendo en torno la miseria, la viudez, la horfandad y el desamparo. Empero no es así: bulle el dinero; hierve la abundancia, y el semblante de las serranas rebosa contentamiento. Desaliñados serán tal vez sus vestidos, pero ricos; no muy limpias sus ebúrneas gargantas, pero adornadas con innumerables sargas de finos corales; poco aseadas sus casas, pero bien provistas y hospitalarias.

Impuros deben ser los placeres que se gozan fuera del seno de la virtud, cuando los arriba mencionados no moderan la impaciencia de los arrieros por llegar á su casa. Sus mugeres pasan por las mas felices del mundo, porque son las que menos ven al marido: por las mas enamoradas y constantes, porque estan seguras de que su amor no ha de morir de fastidio como ordinariamente sucede. Como saben de fijo el día y hora de la llegada de su esposo se ponen á trabajar en la heredad mas próxima al camino, entonando muy oportunamente estos ó semejantes cantares:

Ojos que te vieron ir
por aquellos arenales,
¿cuándo te verán venir,
para alivio de mis males?

Mugeres hay sin embargo que para nada echan de menos al marido cuyas faltas ha suplido el Sacristan. Aguardan con la comida puesta la llegada del Arriero, que siempre se verifica antes de comer y si ha podido hacerlo sin grave detrimento de sus intereses en días festivos y sobre todo en pascuas y noche buena: llega y... ¿á quién es dado pintar aquellos momentos de filial y conyugal ternura en que el Arriero se vé rodeado de un enjambre de pedigüños chiquillos que con el candor y la buena fe propios de sus inocentes años, le llaman padre á boca llena?

Este día es el único en que el Arriero se afeita, se lava, se muda de camisa y se desnuda para reposar blanda y sosegadamente en el lecho conyugal, donde á pesar de tan inusitada molicie, duerme menos que en sus enjalmas, segun observadores mas minuciosos aseguran. Engalanados ambos consortes, entra el darse cuenta mútua de las pérdidas ó ganancias que han tenido desde la última entrevista, el discurrir si conviene aumentar la recua con un par de borricos, ó comprar dos centenares de cabezas de ganado lanar, ó ir preparando el ajuar de la hija casadera. Entran los sudores del marido al desabrochar el cinto y el pedir incesante de la muger: los reniegos del uno y la terquedad de la otra. Altérase la felicidad doméstica, hace uso el uno de su inolvidable vara; chilla la otra, y el marido, bufando de cólera, lanza su bolsón lleno de pesos duros á la cara de su cara mitad; la rompe las narices y grita la muger con nueva furia: acude el Sacristan, y las vecinas, y el suegro y todos abruman al pobre marido, todos conspiran contra su bolsillo, todos claman por la sangre vertida, y él se defiende respondiendo con sorna:

—«Vaya, que por mas que digan, el dinero no puede hacer tanto daño.»

Serénase luego la borrasca, merced al iris de plata que nuevamente sobre los bancos aparece: el Fiel de fechos declara buena presa el bolson que aplastó las narices de la muger, y que como cuerpo del delito, nunca quiso esta soltar de las manos; y meditabundo y mohino, luego que los imparciales mediadores se ausentan, manda el Arriero poner la cena con ánimo de acostarse temprano y tornar de madrugada á su vida independiente y aventurera.

«De todos los portazgos que tengo que pagar en el camino, vá diciendo el Arriero en sus adentros, ninguno es tan costoso como el de mi muger.»

Esto le induce á sospechar que la sentencia del Sacristan, juez árbitro en la disputa del día anterior, no ha sido tan justa como debiera, y que tal vez hubo inteligencia y cohecho entre el juez y la parte. Recuerda que en el polvo antidiluviano que desde *ab initio* cubre el pavimento del tálamo sagrado, habia huellas enormes y distantes entre sí, y como tan entendedor en materia de pezuñas, decide magistralmente que solo han podido ser estampadas por las descomunales zancas del Fiel de fechos.

Frunce las enarcadas cejas, hínchanse las narices, y descarga su cólera sobre los inocentes y taciturnos machos que tiemblan á la sombra y crujido de su vara. Cae luego en grande postracion y abatimiento, y cruza maquinalmente la vara en el cinto. Ni jura, ni arrea, ni maldice..... ¡Síntoma funesto! El macho falso baja las orejas, encorva las patas y se tiende en medio de un lodazal, los sueltos borricos se *estralimitan* por esos trigos de Dios: toma entonces su resolucíon el llamante Otelo, deja el ganado á cargo del primer compañero que acierta á pasar por el camino; monta en su mula andariega, vuelve riendas atrás, y como una exhalacion súbita y espontáneamente llega á su casa á deshora de la noche.

Llama con estrépito, tardan en abrirle, redobra con furia los golpes, vá tal vez á desquiciar la puerta, cuando aparece la muger. Apenas la infeliz ha tenido tiempo de recojer los restos de una opipara cena, de ocultar al amante y de serenar su rostro para hacer frente á las sombrías é inquisitoriales miradas del marido, que pretestando habérsele olvidado un encargo cualquiera, todo lo anda, todo lo mueve, todo lo registra, todo lo escudriña, de todo se hace cargo y á todo calla. Y como saben muy bien los lectores aficionados á cuentos de viejas de lugar, los arrieros en estos casos suelen tener ocurrencias muy originales.

Marido hay á quien le dá la humorada de echar al hogar unos cuantos haces de paja, chamuscando al infeliz Sacristan que tiene que huir en paños menores por la chinenea, donde estaba escondido.

Antojásele al otro llenar de agua fresca y serenada un tonel vacío, rebautizando al cristiano que en cuellillas se aposentaba como Diógenes; y al de mas allá, por último, se le pone en las mientes sacudir un rollo de esteras so pretexto de estar lleno de ratones. Porfia la muger en

que ni siquiera tienen un pelo; insiste el marido; remítense á la prueba, y á los primeros descomunales varapalos oyese chillar al *sensible* amante, que yace medio ahogado en aquel atahud de pleita.

«Escucha, escucha, dice el marido con sardónica sonrisa á su petrificada consorte; bien te decia yo que debia haber ratas mas grandes que nuestro amigo el Sacristan.»

Con este y otro segundo desahogo aplicado á las costillas de su muger, torna el Arriero al alcance de su recua, saboreando el ruin placer de la venganza satisfecha.

La idea de la infidelidad de su consorte no atormenta por mucho tiempo al Arriero, cuyo corazon sino se encuentra en su bolsillo, nadie debe buscarlo sino entre sus bestias.

Por ellas traspasa el umbral de los mesones, y su primer cuidado es aliviarles del enorme peso que por espacio de doce mortales horas ha estado oprimiendo sus robustos lomos. Repasa una por una sus herraduras, y provisto de todos los instrumentos necesarios, el mismo repara inmediatamente la menor falta. Desdén la oficiosidad del mozo que quiere ayudarle en su trabajo: de nadie se fia. Sus manos son las que criban la cebada, las que limpian el pesebre con el mayor esmero, y le colman de abundante pienso. A la luz del candil y mientras las caballerías comen, pasa al pellejo de cada una de ellas la mas escrupulosa revista. A la menor señal de rozadura, registra las enjalmas, muelle la parte contigua á la herida, la rellena de esponjosa lana, y si es menester en esta misma incrusta los medicamentos. Cien veces ha de pasar la mano por las enhiestas crines de sus mimados mulos, y sendas cien palmadas ha de hacer resonar en sus cuartos traseros; antes de recordarse de que tiene hambre, y de que hambre podrán tener asimismo los transeuntes cuyo estómago hay que reforzar con el suculento ajo de arriero.

Apenas habla de otra cosa que de su recua. Preguntale por las tradiciones del pais que atraviesas, y te responderá: «en este pedregal se resbaló mi mula *Pelegrina*; soberbio animal. Mas alma tenia que un cristiano y mas correa que S. Agustin.—Allá abajo, en aquel charcal quedó atascado el burro de mi padre.—Tal dia como hoy hace veinte años que le entró el muermo á mi macho *Vizcaino*, navegando cancia Madril: coji la escopeta y ¡zas! le dejé muerto de un tiro; pero por Dios vivo, que no sé quien quedó mas defunto, si el macho ú yo.»

El amor de la muger
dicen que se deja ver
en la ropa del marido:

Tampoco desmentirá la ropa de las caballerías el entrañable cariño que el Arriero les tiene. Todos sus aderezos, cabezadas, jaquimas, enjalmas, mantas de sobrecarga, cinchas y ataharres; todos son de lujo y con esmero bordados los que tal labor admiten. Cuelgan de las sobrejalmas cordonajes y borlas de seda, llamadas sacamantas ó mandiles, que majestuosamente llevan los mulos lominhiestos arrastrando. El *Liviano* en particu-

lar, ó la bestia que vá delante de todas, y el *Postrero*, que como su nombre lo indica, es el último de la reata, son los *Benjamines* del Arriero: lleva aquel un magnífico penacho ó banderín de estambre ó sedería, y el otro *esquilada*, collar cuajado de ruidosos cascabeles y campanillas, ó pendiente de uno de los tercios el soberano cencerro de bronce significativamente llamado la *zumba* ó el *zumbo*; pues en indagar su sexo andan aun perdidos los naturalistas. Su continuo y monótono *don, don, don, don*, tiene por objeto asegurar en noches oscuras que ningún macho de la reata se ha soltado ni dejado de andar, y la misión del *Liviano*, bestia facultativa y que



tiene el voto de confianza del Arriero, es la de guiar á las demas en iguales noches ó en temporales borrascosos de nieve y ventisqueros, y la de pararse á la puerta de la posada. Estos son los polos sobre los cuales gira y descansa la fortuna del Arriero, el cual vá dormido profundamente, sentado á la mugriega, cara al sol, en uno de sus mulos, con la vara atravesada entre la faja y el cuerpo á la parte atrás del costado derecho. No le despertará el ruido atronador de la diligencia que pasa rozándole las piernas; y el silencio del *zumbo*, el compás de sus golpes mas ó menos acelerado, bastan para turbar su profundo sueño.

¡Cuán terrible puede ser este letargo cuando los asnos van libres y sueltos á la vuelta de un recodo aparece súbitamente el coche de la mala, cuyas chispeantes rue-

das levantan nubes de polvo que aturden y ciegan á la desmanada recua! Huyen las bestias en todas direcciones tirando al suelo la frágil carga de huevos frescos de Castilla. Invaden los sembrados y el guarda del campo los prende, el recuero derribado, levántase hecho tortilla en busca de los fugitivos y encuentra por fin á todos los que habian caído en manos de una tribu gitanesca. ¡Día de luto y desolacion para el arriero! Día en que habla en idioma que no está en panléxicos ni en diccionarios y pronuncia aterradoras frases por el estilo de las que se usan en ciertas polémicas de periódicos.

Y mientras el infeliz rabia, jura y se desespera sin adelantar un paso en su jornada, la diligencia sigue volando á quince ó veinte leguas del sitio de la catástrofe; viva imagen del poderoso que siempre impunemente se burla de ordinario del flaco y miserable.

Estas desgracias se han hecho principalmente para los arrieros de segundo orden que hacen el viaje de cuenta y riesgo del que les paga su jornal, amen de la costa de la posada. Descuidados con la hacienda ajena, como los asentistas, patronas de huéspedes y cocineros especulan con lo que dejan otros de comer. Para ellos se han hecho tambien los frondosos prados donde los asnos hinchen de yerba, como si dijéramos de bazofia, su estenuado vientre; para ellos los repetidos encuentros de ladrones, las acometidas del lobo que siempre se lleva el mejor bocado; el ímpetu de las corrientes que arrebatan al mulo de mejor carga, toda la interminable serie de percances que arruinan al propietario y elevan á tal dignidad á sus criados.

El Arriero por lo regular es de corta vida, como quiera que tan aperrecada y fementida sea la que ha traído: en el último tercio de ella se convierte en mesonero ó comerciante, aventurando en especulaciones arriesgadas el inmenso capital, fruto de veinte ó treinta años de aborros y trabajos. No hace muchos meses que ha fallecido en una de las provincias del Norte á la edad de ochenta años un arriero millonario. Habiéndose retirado á disfrutar de su caudal, era público y notorio en el país que para conciliar el sueño tenían que subirle en unos de sus machos y hacerle andar montado una ó dos horas, único modo que tenia de reposar el resto de la noche. Ejemplo singular de la fuerza de una costumbre por largos años contraida, del premio que de ordinario alcanza la asiduidad y el trabajo.

F. NAVARRO VILLOSLADA.





REVISTA DEL MES DE ENERO.

Anuncióse el año de 1846 con grandes apariencias de agitacion periodística. Habia nacido en los últimos dias de Diciembre un periódico de política que decia comprender diez y ocho periódicos bajo una sola hoja, como puede decirse aquí con toda propiedad sin que se tenga por craso galicismo; y esta hoja era llamada *Universal*, no solo porque abrazaba muchos particulares, como se hubiera dicho en las antiguas escuelas, sino porque convenia á toda clase de personas, siendo igualmente barato para todas, hasta el punto de no costarles ni un real; era, lo que se llama propiamente, un periódico gratis; era en fin, lo que nunca hasta entonces se ha dicho en su sentido riguroso, una publicacion al alcance de todas las fortunas: pero esto, que como pueden conocer nuestros lectores, tenia mas de bueno que de malo, no debia durar por mucho tiempo; y en efecto, desde principio de año ha empujado el *Universal* á cobrar su precio verdadero de suscripcion.

Era este mes, como decimos, época de comenon periodística, y sino nacia muchos periódicos, hablábase mucho de que nacerian algunos. El color habia de ser político por lo general: así es que habiendo dicho algo acerca del *Universal*, parecenos que podemos pasar al campo literario, donde nos aguardan con sus tres secciones LA TRIPLE ALIANZA, periódico de literatura, convidándonos á todo lo bueno y malo que siempre se ha conocido en el mundo, tanto en tiempo del gentilismo como en los modernos tiempos cristianos. Allí está MARTÍN con su guerra, VENUS con el amor y BACO con la orjía, para que cada cual escoja lo que le parezca ó bien las tres cosas juntas.

Nosotros que no somos aficionados á reñir, ni gustamos tampoco de escesos mayores, nos contentariamos con el amor, siempre que pudiera disfrutarse de una manera tranquila y sin zozobra. En cuanto á los tres periódicos que llevan aquellos títulos mitológicos, con el deseo de acertar nos quedamos sin ninguno.

En cuanto á teatros, una comedia original y una nueva ópera son las únicas novedades de que pensamos decir algunas palabras á nuestros lectores; porque ellas son las únicas que han merecido llamar la atencion en esta temporada, saliendo gananciosa como es de presumir, la funcion de ópera, pues la música es la pasion dominante de la época, época de ruido, de agitacion, de movimiento.

Errar la vocacion, se llama la comedia original representada por primera vez la noche del 16 en el teatro del Principe, cuyo autor el señor Breton de los Herreros no debe estar muy satisfecho, segun lo mal que le han tratado los críticos al hacer el análisis de su obra. En cuanto al público, nosotros no le hacemos la injusticia de confundir su juicio, erróneo ó acertado, con el que han emitido los primeros: el público del coliseo del Principe ha oido las escenas de *Errar la vocacion* con la sonrisa en los labios; y sabido es que cuando aquel asiste á las comedias del señor Breton, no vá prevenido para fingir, ni sabe adular á autor ninguno por muy festivo y acreditado que sea. Los chistes y las escenas cómicas de *Errar la vocacion*, arranca la risa de los labios del espectador, y producen en su ánimo solaz y contentamiento. Si esto es poco, la culpa no es del autor, sino del siglo: en los antiguos tiempos, una comedia de capa y espada escitaba el entu-

siasmo tal vez con mas viveza de lo que ahora pudiera conseguir el drama mas borrascoso y sanguinario. El teatro es el reflejo de la vida social; solo cuando las costumbres son idénticas, cuando la accion fingida traslada exactamente la accion verdadera, la admiracion y el entusiasmo se escitan poderosamente. Esos son los retratos al daguerreotipo; mas tambien hay pinturas, que sin ser retratos, agradan y emhelesan por la diestra combinacion del colorido.

La representacion de la bellissima *partitura* del *Bravo* tuvo lugar por primera vez la noche del 20 en el teatro de la Cruz. Esta ópera como todas las de Mercandante tiene mucha música y sus armonias estan cuidadosamente trabajadas; siendo esta tal vez la razon de que en las primeras representaciones no haya gustado demasiadamente este bello *spartitto*. La indisposicion del señor Moriani, y alguna otra falta de buena ejecucion han debido resfriar tambien un poco el entusiasmo. Los inteligentes con-



(Retrato de Moriani.)

sideran el *Bravo* como obra de muchísimo mérito, y los que á tanto no podemos aspirar, á fuerza de oirlo, logramos gozar de sus encantadoras melodías. La empresa de la Cruz ha estado felicísima en cuanto á las decoraciones y traje, que han sido de lo mas brillante y bien combinado. Los artistas que tomaron parte en esta ópera, correspondieron tambien al buen concepto de que gozan: especialmente la señora Rafaelli y los señores Moriani y Ferri han estado inimitables.

La otra nueva ópera representada este mes en el Cir-

co durante muchas noches consecutivas, es de un género enteramente distinto. Obra de un jóven, discípulo del Conservatorio de Nápoles, no debe ser juzgada *Ana la Prie* con la severidad que merecen las producciones de los grandes compositores. El maestro Battista ha reunido combinaciones muy agradables y pasos de excelente efecto, amoldadas unas de cierta manera, y combinando los otros con giros nuevos y cantables, que hacen recordar, sin embargo á los preciosos *spartittos* de Bellini que su imaginacion se ha propuesto imitar como escogidos me-

delos. En medio de ser ópera ligera, como obra de principiante, tiene *Ana la Prie* cosas excelentes, y el final del acto segundo es un modelo de armonía, por lo bien delineado que está el canto, y lo bien servida que se halla la letra con el auxilio de una robusta y bien combinada instrumentacion. En este paso se ha lucido mucho el señor Tamberlik, haciendo sobresalir clara y sonora su hermosa voz en las altas notas de la escala vocal con que termina. Los demas cantantes no han merecido mas que elogios pasajeros. Tamberlik se ha hecho digno de los aplausos que le han tributado.

En el teatro de la Cruz tocaron los pianistas Emile Prudent, rival de Listz, y el señor Bosch, que con razon ó sin ella se dice discípulo suyo. La concurrencia no ha sido escasa; pero los tocadores de este género van abundando demasiado, y ya no escitan entusiasmo; muchas veces producen sueños. Nosotros sin embargo, que sentimos bastante las impresiones de la música, si bien no comprendemos todas sus bellezas, debemos aconsejar á las empresas de teatros que no presenten en este género sino algun modelo de tarde en tarde. Listz ha estado muy en su lugar: Mr. Prudent, algo menos; pero el señor Bosch, y sobre todo despues de haber oido á los dos primeros, no puede gustar y hace quo se empiecen á mirar con cierto temor los anuncios de nuevos conciertos de piano.

La manía de este mes ha sido el hacer sociedades, y congregarse para todo; lo mismo las academias y los liceos que los aguadores. La Academia Real de música y declamacion parece que vá á convertirse en empresa de teatro

y á fomentar la escuela española de ópera y verso, tomando por su cuenta el teatro de Oriente. Este proyecto, una vez realizado, debe producir grandes ventajas á la literatura y al arte español.

Otra sociedad, una especie de Casino, se ha proyectado tambien con el plausible objeto de que los jóvenes se reunan, y estimulen reciprocamente en sus adelantos; esta sociedad no tendrá sin embargo, un objeto exclusivamente literario, y por esta causa no creemos que ofrezca grandes elementos de duracion y estabilidad, aun cuando el pensamiento de reunirse y acercarse es siempre digno de alabanza, y muy propio ademas de esta época de tolerancia el desterrar de semejantes asociaciones toda idea de matices políticos.

Hemos indicado la congregacion de los aguadores, la cual se verificó en sentido hostil, y Madrid tuvo la sorpresa de ver con este motivo abandonadas las fuentes, y corriendo el agua enteramente á su libre alvedrio. Duró sin embargo pocas horas el conflicto, pues á los aguadores que así hacian dimision de sus destinos sin ser exonerados, solo por no pagar la contribucion que se les había impuesto, se les iba reemplazando con otros suplentes nombrados de órden de la autoridad, cosa que ellos no podian consentir de ninguna manera. Pero sea como quiera, Madrid ha presenciado un espectáculo de que no habia habido nunca un ejemplar hasta el dia. Si el hecho no es demasiado pintoresco, merece no obstante un lugar distinguido en las columnas del *Siglo*, como lo tendrá sin duda en los anales de la coronada Villa.

MERLIN.

JEROGLIFICOS.

N. 1.º

